



Albert Lladó

La travesía de las anguilas



LA TRAVESÍA DE LAS ANGUILAS

ALBERT LLADÓ

Galaxia Gutenberg



ALBERT LLADÓ
LA TRAVESÍA DE LAS ANGUILAS

Cada ciudad tiene barrios olvidados. También la Barcelona olímpica, a la hora de transformarse con el impulso de los Juegos, ignoró algunos de los suyos. La travesía de las anguilas retrata el despertar a la vida de un grupo de adolescentes a principios de los noventa, en uno de esos no lugares nacidos en el tardofranquismo, fruto de la falta de escrúpulos de los especuladores inmobiliarios y la indiferencia de las autoridades. Eran barrios sin servicios y sin ley, donde para un adolescente la comprensión del mundo se moldeaba a base de desahucios, redadas policiales, delincuentes de bajo vuelo, mujeres maltratadas y hombres que se autodestruían en los bares. Pero también ahí los adolescentes eran capaces de construir un universo con sentido, con sus propias reglas y su propio lenguaje, alzar amistades indestructibles, iniciarse en la lectura que no les abandonaría jamás.

Albert Lladó se plantea en este libro cómo podemos narrar e interpretar los márgenes sin resignarnos a la marginalidad. Y logra hacer visible la humanidad que malvive en la realidad desconocida, áspera y nada fotogénica de esos barrios que más que periferia son cuneta.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero de 2020

© Albert Lladó, 2020
Representado por la Agencia Literaria Dos Passos
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Conversión a formato digital: gama, sl
ISBN: 978-84-17971-66-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Jordi Lladó Tarrats

Las anguilas nacen de las entrañas de la tierra, son animales formados por generación
espontánea en la humedad del fango.
ARISTÓTELES

Sin himnos, sin banderas, sin vivas.
JOAN FUSTER

Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo.
LUDWIG WITTGENSTEIN

Claro que la infancia no se fue. ¿Adónde iba a ir?
SAN AGUSTÍN

BIENVENIDOS A BARCELONA

Gabriel ha muerto. Alzheimer. Nadie como él nos ha mostrado que la libertad reclama definir, de antemano, unas reglas de juego. Claras y precisas. Para hacerlas saltar por los aires, si es necesario.

«Benvinguts a Barcelona», se lee desde la autopista. Son unas letras gigantes, blancas, clavadas en un muro que brota, con aires de civilización, desde el Barranco. Parecen emular el famoso letrero de Hollywood. También nosotros tendremos nuestras colinas.

El Barranco, donde instalamos la Guarida, es un terraplén situado bajo la curva que une las calles Agudes y Costabona. Les pusieron a estas serpientes de cemento, que recorren el barrio como si fuese un dibujo de Escher, nombres de montañas bucólicas. Rasos de Peguera, Vallcivera, Perafita. El paisaje falseando la unión entre significante y significado. Dicen que así comienzan los simulacros.

Se podía llegar de Ciutat Meridiana a Vallbona por el Barranco. Para ir al colegio teníamos que saltar las vías del tren. El niño que éramos sorteaba las jeringuillas usadas con saltos rítmicos y espontáneos. Una telaraña inmensa de carreteras y autopistas ejercía de férrea frontera. Oíamos los coches justo por encima de nuestra cabeza. Relinchaban como alimañas que huyen del peligro. El olor de la rueda quemada, así, era nuestra magdalena de Proust. Un rostro de la mañana.

Han pasado veinticinco años. Han colocado escaleras mecánicas. Algún ascensor. Pero el barrio no ha cambiado demasiado. Meri, la Meri. El barrio tiene nombre de mujer. Es un valle de hormigón, inventado de la nada en los años sesenta, que dibuja un boquete perdido bajo la sierra de Collserola. Somos desde el principio un mordisco de esa ciudad a la que os damos la bienvenida. Planearon aquí un gran cementerio. El terreno resultó demasiado húmedo. Y ya podéis ver, prefirieron apostar por la vida. Dicen que se aguanta mejor la intemperie cuando se respira.

El Barranco no suponía la única frontera. Esto es un show de Truman sin cámaras. Torre Baró ofrece, en nuestro *skyline* particular, la silueta de un supuesto castillo. Al otro lado, Can Cuyás (al que nosotros conoceremos siempre como Santa Elvira) completa el abrazo, el confin. Hoy, sus habitantes también tienen su cartel anunciándose al mundo, frente a esas C-58, C-17 y C-33, carreteras con nombres de vitaminas, que hilvanan nuestros ríos de alquitrán. Su cartel, el de Can Cuyás, lo forma la tipografía de un Mercadona colosal, que emerge como una potente e indestructible ágora de la periferia. Una flor ciclópea y carnívora.

Estamos a un cuarto de hora en tren del centro de Barcelona, pero ni somos parte de ninguna capital ni nadie pregunta por nosotros. Ese «Benvinguts a Barcelona» es una suerte de reverso del «Ceci n'est pas une pipe» de Magritte, una traición de las imágenes para el conductor cansado. A esas letras les falta siempre un verbo de futuro, un *seréis* bienvenidos. Aún no. Falta poco. Apenas

unos kilómetros. Somos, pues, un preámbulo, un prólogo, la previa. Un barrio que más que periferia es cuneta. Rascacielos encargados, únicamente, de rascar lo que queda en los márgenes.

Los vecinos, hastiados de ser el barrio que acumula más desahucios de España, colgaron en el Barranco una pancarta, tapando el nombre de Barcelona, para aprovechar la cordialidad del «Benvinguts a...» y, justo después, añadir «Ciudad Desahucio». Somos una maqueta de metrópolis desalojada en la que se ha pasado, en menos de una década, de los cuarenta mil a los diez mil habitantes. Cada semana, con la puntualidad del francotirador, una comitiva judicial aparece, junto a la policía, para sacar de su casa a alguna familia sin recursos. «Benvinguts a Ciudad Desahucio».

Aquí hemos vuelto ahora, justo encima del Barranco, para reunir de nuevo a los miembros de aquella sociedad primitiva y discreta. Esquina Agudes con Costabona. Veinticinco años después.

Las venas abiertas de este arrecife eran recorridas por el Chupa, un pequeño autobús que alguien bautizó con ese nombre porque su billete valía lo que costaba un chupa-chups. Si no endulzaba el trayecto, como mínimo permitía a los más viejos cargar las bolsas sin que la compra semanal se convirtiera en una expedición, sin oxígeno ni sherpas, en este Himalaya de orografía especulativa.

Y sin embargo. Y sin embargo la verde infancia, las grutas de la salvaje memoria. Los juegos de lenguaje. Nos diría mucho después Wittgenstein que el lenguaje necesita unas reglas compartidas. El lenguaje pertenece a una colectividad y nunca a un individuo aislado. ¿No nos estaba intentando mostrar eso Gabriel? ¿Qué era, más allá de la aventura adolescente, lo que estábamos inaugurando en la Guarida?

No existe, añadirá Wittgenstein, un lenguaje privado. Pero sí íntimo, constituido siempre por una serie de reglas que se engarzan y se envuelven entre ellas. Igual que las autopistas, que son nuestros muros de cristal. Cada carretera es una frase en busca de su circunvalación. Una cláusula que ruega convertirse en metáfora. Para salir de su esqueleto. ¿Cómo construir trincheras junto a una comunidad sin ser absorbidos por el músculo de la masa? ¿Qué máscaras encierra la carcasa de una idea?

No lejos de aquí estaba la papelería Revilux. Hace tiempo que tiene la persiana bajada. Ahora es una suerte de iglesia regentada, a ratos, por un pastor dominicano que atiende los martes, viernes y domingo, y que se hace llamar Rey de Reyes.

En el letrero de metacrilato, apedreado por el paso de los años, aún pueden distinguirse las viejas letras negras. Leemos los carteles y los letreros como la auténtica novela que todos hemos olvidado. En ese local uno aprendió a descifrar la Biblioteca de los Jóvenes Castores, biblia de nuestra comunidad ácrata. Y desde allí tomamos conciencia del derecho a decidir de los que elegíamos nuestras propias aventuras, entre dragones y mazmorras, y celebramos, una y otra vez, el pacto de ficción que nos proponía *Mandrake el Mago*.

Permanezco inmóvil frente a la puerta de la papelería, y acaricio, como un estúpido rufián melancólico, la persiana sucia y arrugada. Hasta que me abra el pastor cristiano, acerco el oído al polvo y al hierro oxidado, y únicamente escucho el sonido de mis tripas, las de mi cuerpo, las de mi ciudad.

Claro que hay en estas calles a medio hacer una épica de la resistencia. La naturaleza se agarra a la vida misma y la estruja. Es ése el verdadero jeroglífico. Aquellos sapos que habían hecho de los lodazales, de su légamo castaño, un lugar en el que mostrar sus dotes para el canto. La lagartija que intentaba escapar de nuestras primeras violencias, y corría como Usain Bolt, a

veces sin cola, a veces sin cabeza. O los pájaros enjaulados, con el trapo de cocina en forma de cortina cerrada, que muchos llevaban en una versión prehistórica y aviaria de *Operación Triunfo*. Jilgueros, pinzones, verderones. Y pardillos, como nosotros. O aquellas ratas enormes, como conejos grises sin chistera, que, asustadas, se escondían en las cloacas, mientras los vecinos organizaban yincanas para capturarlas. O ese caballo negro que los gitanos guardaban en la colina, frente a la fábrica de cemento, y que a veces aparecía, como en una epifanía, en un hechizo negro y reluciente.

He venido temprano, después de tantos años, para caminar sin prisas por la patria de la infancia. Faltan cinco horas, aún, para que aparezcan por aquí Juanito, Jaime, Fábio. También vendrán Núria y Anna, y tal vez Eva. No fue demasiado difícil localizarlos en Facebook. No conocen el motivo de la reunión. No saben que Gabriel está muerto.

Es viernes, finales de septiembre, y queda poco más de una semana para que se celebre el referéndum de independencia de Catalunya. Entre las banderas que ondean en los balcones hay algunas señeras, algunas *rojigualdas* y algunas *esteladas*. Pero, sobre todo, destacan las sábanas blancas en las que se puede leer que todo está en venta.

1. UN TECHO PARA TODOS

Me llamo Jordi. Aunque mis amigos me conocen como Jorge, *el Catalán*. Tengo 13 años. Mi padre me ha llevado con él a comprar el diario, y el propietario de la papelería Revilux (le llamaremos el Dealer sin saber muy bien dónde hemos escuchado ese apodo por primera vez) nos explica que Ediciones Montena ha vuelto a editar la Biblioteca de los Jóvenes Castores. Se trata de una colección de veinte libros cuyos volúmenes se publican cada quince días. Acaba de comenzar el curso de 1991 y llevo puesta mi bufanda roja. Ensayo millones de maneras distintas de colocármela hasta que todos crean que es un foulard. Pronto este lugar y esos libros conforman un encuentro sagrado para todos nosotros.

Revilux es una modesta papelería de barrio, pero constituye nuestra puerta abierta al mundo. Venden revistas especializadas para los *heavies* que han comenzado a inundar la zona. Hay golosinas, peonzas, cromos y canicas. Las canicas son ojos de gato. Y buscamos por el barrio a los felinos a los que han dejado tuertos, según nuestras hipótesis maquiavélicas, para hacer el molde de nuestros bolinches.

La papelería está situada en una especie de galería en la que han colocado, como si fueran nichos, algunos comercios con balcones. En el piso de abajo hay una zapatería. Allí comienza también la segregación más o menos voluntaria. Los *heavies* compran en esa zapatería las indestructibles J'hayber. Les dará autoridad y sentido de pertenencia. Algunos preferirán las Paredes. Los que reivindiquen otra tribu urbana ahorrarán para unas botas Termans, relucientes, amenazadoras. Nosotros, aún demasiado jóvenes para tomar ese tipo de decisiones que implican cierto presupuesto, iremos la mayor parte del tiempo con unas zapatillas de tela, que proclaman en el talón de Aquiles nuestra humilde Victoria.

Las portadas de los diarios no paran de hablar de los preparativos para las Olimpiadas que llegarán el próximo verano, así como de las obras que mejorarán la ciudad (y de las que no hay ni rastro en el barrio).

El Dealer es un tipo hábil, capaz de vender su alma a Satanás. Convince a mi padre de las ventajas pedagógicas de comprar, cada quince días, la Biblioteca. Mi padre accede, por la pedagogía, pero sobre todo porque le sirve para burlarse de mí, ya que los protagonistas de las historias se llaman Jorgito, Jaimito y Juanito. Como yo y mis amigos.

A ellos los convoco para leer, juntos, el primer número. Juanito es el único que en realidad siempre ha sido conocido, incluso hoy, por su diminutivo. Pero también le llamábamos, por motivos obvios, el Rubio. Tiene catorce años y vive en el bloque de al lado. En el barrio cada bloque compone una comunidad, con leyes propias, con rumores propios, con dinámicas intraducibles para los demás. Yo vivo en el bloque A, por ejemplo, y el Rubio en el B. Hay

múltiples guerras civiles, de tirachinas y globos de agua, entre el A y el B, que, a su vez, consigue que el bloque C se convierta en su eterno aliado.

Somos hijos del *baby boom* y la música del barrio es la música de un patio de recreo. Por eso ahora, hoy, veinticinco años después, este silencio es tan sobrecogedor.

Jaime, *el Cabrero*, también es algo mayor. Vive en Vallbona, lo he conocido en el colegio, y se pasa las tardes con nosotros. Es de una fidelidad indestructible, y posee todos los conocimientos de la vida rural que necesitamos en nuestra particular empresa. A veces, desde la curva que une Agudes y Costabona, vemos cómo su padre pastura en un rincón olvidado de la ciudad.

También se une al grupo, aunque no con tanta constancia, Fábio, *el Gitano*, un portugués que duerme con su familia en una caravana. Fábio aparece siempre sin avisar, con su acordeón rojo, de circo ambulante, y con un escepticismo que nos evita más de un problema.

Así, el Catalán, el Rubio, el Cabrero, y a veces el Gitano, acudimos cada quince días a la Revilux para alimentar un ritual, y leer, entre líneas, las instrucciones que creemos que habitan en esos libros aparentemente infantiles. Somos la agencia de detectives Scooby Doo, y nuestra Máquina del Misterio consiste en desenmascarar a las bandas criminales del barrio. Parece un juego. Y lo será durante un tiempo.

La Biblioteca de los Jóvenes Castores está protagonizada por los tres sobrinos del Pato Donald y, por eso, mediante sus moralinas encubiertas, la mentalidad Disney intenta conformar nuestra visión del mundo. Pero nosotros somos, ya, niños salvajes, más cercanos a la tribu de los naufragos de *El señor de las moscas* que a una promesa cándida de ascensión social, y, sin más cultura que la que te ofrece un barranco y unos colegas de aventuras, interpretamos nuestra lectura desde nuestro universo indomesticado. Desde muy pequeños hemos visto tatuada la frustración en la cara de nuestros padres, que viven entre la fábrica y el barrio, entre el médico y el mercado, y cualquier relato edulcorado lo convertimos en comunidad y riesgo. La literatura, ya entonces, o es peligro o no es nada.

Al principio, Jaime, *el Cabrero*, se muestra reticente a la Biblioteca de los Jóvenes Castores porque odia a muerte a los *boy scouts* que traen en excursión al barrio, peinados como monaguillos, desde las zonas altas.

A esos niños, de Les Corts o el Eixample, que aparecían de vez en cuando en la plaza Roja, y para los que éramos como un zoológico urbano de fin de semana, les tirábamos piedras desde nuestras trincheras, hasta que las entidades que organizaban las actividades extraescolares decidían que hay mejores lugares para aprender a hacer una hoguera.

—Nosotros somos más de los yanquis que de los yanquis —bromeaba con el Cabrero, buscando siempre la verdad oculta en el tuétano de las palabras.

Uno esboza un paisaje mientras lee. Por eso no sorprende tanto que el primer artículo del primer número, como si se tratara de un oráculo de lo que ha sido después Ciudad Desahucio, se titule «Un techo para todos». «No tenemos la pretensión de ayudaros a resolver el problema de los alquileres», comienza. Y, a continuación, nos muestra cómo construir una cabaña.

Nuestra cabaña, que levantamos gracias a las instrucciones de la Biblioteca, y a las habilidades de Fábio para hacer todo tipo de nudos, se llama la Guarida, y como hemos dicho antes, estará ubicada en el terraplén situado debajo del actual letrero de «Benvinguts a Barcelona». En ese momento allí, aún, no han escrito nada.

Todos los miembros hemos tenido que aportar algo a nuestra madriguera. Yo he llevado mis prismáticos amarillos. Fábio (quién sabe de dónde lo habrá sacado) ha traído un viejo sofá de

escay. Jaime, *el Cabrero*, ha cortado las cañas (el Barranco está lleno) para el techo. Juanito, *el Rubio*, nos ha sorprendido con su colección de fotocopias pornográficas de la serie «Dragon Ball», en las que el personaje de Bulma se comporta como una maravillosa contorsionista sexual, un material que le suministra, como si fuera de estraperlo, el Dealer de la Revilux. No se puede hacer una cabaña sin cañas, porno impreso y un sofá recuperado de la basura.

Con los prismáticos amarillos vigilamos la colina de Montcada, que poco a poco es devorada, dentellada a dentellada, por la cementera Asland. Cuánta hambre. Y oteamos los trenes que van hacia Manresa, y que estamos a punto de hacer descarrilar cuando ponemos en las vías monedas de veinticinco pesetas para comprobar el peso de la velocidad. Y la gasolinera, junto al polígono, o el túnel más terrorífico del mundo (oscuro y lleno de drogadictos inyectándose heroína), que también une Ciutat Meridiana con Vallbona, y que nos negamos a cruzar porque nos parece más seguro saltar vías, carreteras y despeñaderos que meternos en ese paso recubierto de uralita.

—La *heroína* tiene siempre nombre de protagonista —les digo a mis cómplices, para desdramatizar nuestra cotidianidad, aunque no siempre me rían las gracias.

«Renace una gran idea» es el título del texto que cierra el primer libro de la Biblioteca, y narra cómo el barón Pierre de Coubertin, gracias a su obstinación, consigue revivir las Olimpiadas e inaugura en Atenas, el 4 de abril de 1896, los Juegos de la era moderna. Una tradición que pronto llegará a Barcelona, y que abre todos los telediarios, pero que nosotros vivimos como algo muy lejano, inalcanzable. Leemos cómo en la Antigüedad, durante los días de competición, existía una tregua que imponía un armisticio a todos los ejércitos. Nuestra guerra, sin embargo, está en otra parte.

El primer número de la Biblioteca, de 125 páginas, también nos enseña a obtener agua, que usamos en un barrio que nació casi sin tuberías ni desagües, pese a estar atravesado por acueductos que creemos romanos, pero que fueron construidos en el siglo XIX para traer (¡precisamente!) agua del Vallés a Barcelona. También hay en ese primer volumen instrucciones para hacer máscaras bélicas, construir un cinematógrafo, improvisar una mochila de emergencia, conocer el código Morse o el lenguaje secreto de los Dada Urka, así como para saber más sobre el astrolabio o el misterioso calendario azteca.

Todos esos trucos, más o menos adaptados a nuestras necesidades, son los que ponemos en práctica cada tarde, hasta que nuestra agencia de detectives se autoimponga una primera misión.

Parece un juego. Y lo será durante un tiempo.

2. A CADA CUAL... SU FUEGO

Durante esos primeros quince días estuvimos avituallando la Guarida. Sabíamos que una cabaña así podía ser descubierta por los mayores o por los yonquis de la zona, y todos nuestros esfuerzos se centraron en ocultarla a los extraños. Movimos una gran roca, volvimos a cubrirla de cañas, y Fábio, acostumbrado a ir siempre con la casa auestas, como una tortuga nómada y gitana, ingenió todo un sistema de paredes y puertas realizadas con somieres reutilizados. Yo robé un candado en el colegio, e inauguramos nuestro primer hogar en el que veinticinco años después se conocerá como Ciudad Desahucio.

No era tan raro encontrar ese tipo de construcciones precarias. La mayoría de la inmigración era, entonces, andaluza o extremeña. Los viejos, que se habían visto obligados a abandonar sus pueblos para seguir los pasos de sus hijos, sentían nostalgia de la vida en el campo. Por eso cruzaban el barrio, y en la colina instalaban sus huertos. Aún hoy se pueden ver algunos. La gente de fuera del barrio, que sólo pasaba por allí con el coche cuando iba al cementerio de Collserola, creía que se trataba de barraquismo. En realidad nadie vivía en la colina. Algunos de los que allí plantaban tomates, pepinos y limones habían llegado a hacerse paredes de obra, y, como nosotros, utilizaban los somieres que encontraban tirados junto a los contenedores de los trastos viejos. El jueves era el día que los vecinos bajaban los muebles que ya no utilizaban, y se formaban colas, desde las ocho de la tarde, en riguroso orden de llegada, para comprobar qué tesoros deparaba la semana.

En la adolescencia las etapas se queman a una velocidad de vértigo. Pero eso ya lo sabéis. Hubiera sido aburrido quedarnos, simplemente, en la Guarida. Espiando desde mis prismáticos amarillos a los transeúntes, la mayoría de ellos auténticos zombis en busca de sus dosis, o intuyendo en esas fotocopias de Juanito que el cuerpo de una mujer podía ser como el de Bulma, nuestra diosa infantil de cabellos turquesas. Por eso decidimos ir en grupo a la Revilux a por el segundo número de la Biblioteca. Ya nos habíamos constituido como la agencia de detectives Scooby Doo.

—¿Venís a buscar el *material*? Casi os quedáis sin...

El Dealer no sabía que le llamábamos así, pero se comportaba como un auténtico minorista de todo tipo de ilegalidades. Le gustaba utilizar términos relacionados con la droga, como si realmente fuera un camello de revistas, fascículos y álbumes de cromos. Yo, como siempre hacía cuando acudíamos a la papelería, llevaba mi bufanda roja, a la que había dado dos o tres vueltas, y cuyo extremo descansaba sobre el hombro izquierdo. Sabía que mis compañeros se reían de mi prematuro y vulnerable dandismo, al igual que de mis forzados juegos de palabras, pero alguien debía darle un poco de solemnidad a la cosa.

Abrimos rápidamente el libro, y en el primer capítulo encontramos instrucciones para hacer fuego al aire libre. Por muy Disney que fuera la Biblioteca, la verdad es que se saltaba todo lo políticamente correcto. Nada que ver con los mensajes burocratizados dirigidos hoy a domesticar las mentes infantiles. Había allí cinco ilustraciones diferentes, en las que se mostraba que no es lo mismo hacer un puchero, calentar una sartén, preparar café, hervir agua en la cazuela o sencillamente crear una fogata.

No teníamos ni cafetera ni sartén, y la fogata podía ser un buen comienzo.

Ese día no apareció Fábio, en tal caso habría desarticulado la misión en un periquete, ya que él y sus hermanos hacían fuego cada noche frente a la caravana para calentar lo que su madre hubiera conseguido durante la jornada. No tenía nada de desafío para él. Todo lo contrario.

Nosotros queríamos hacer nuestro fuego en la Font Maragall (ahora la llaman Font Muguera, nos roban los nombres para que no se nos olvide que ni eso tenemos en propiedad), a veinte minutos caminando desde la Guarida. Teníamos que atravesar el campo de fútbol, pasar por debajo de uno de los acueductos y adentrarnos en lo que se nos antojaba un bosque frondoso. Hoy es un merendero con mesas y bancos de madera, pero por entonces sólo estaba la fuente, un chorro de agua sin fuerza. Y la leyenda.

Scooby Doo no podía dejar de abordar los mitos del barrio. Y la cueva de la Font Maragall era uno de los más importantes. La verdad es que todos estábamos aterrorizados por lo que habíamos escuchado, pero la comunidad consiste en eso, en dejarse llevar por la ilusión de que en grupo tenemos menos miedo.

Se decía que había una gruta secreta, excavada durante la Segunda República para cruzar, sin ser vistos, hacia el otro lado de la sierra de Collserola. Muchos afirmaban que allí habían quedado atrapados muchos soldados, incluso algunos niños, y que aún era posible atravesar la montaña, si bien antes tenías que esquivar cráneos y fémures. Indiana Jones en nuestro barrio. Alguien nos explicó que se habían encontrado espadas, todavía en buen estado de conservación. Y debíamos comprobarlo.

El camino está lleno de pinos y robles, típicos de la zona, y de un sinfín de arbustos, algunos de ellos adornados, como si fueran árboles de navidad apocalípticos, con latas de cerveza que cuelgan de sus ramas. Todo el barrio, y también ese cobijo mitificado, es un no-lugar que parece escupirle en la cara a la idea de progreso. Antes y ahora. Cuando éramos ciudad dormitorio y cuando somos ciudad desahuciada.

Encontramos la entrada de lo que muchos aseguraban que era un conducto. Parecía una pequeña cueva. Estaba tapiada. Esos ladrillos colocados a desgana (otra vez la imagen del nicho frente a nosotros: la muerte está obsesionada con la periferia) fueron un jarro de agua fría vertido sobre nuestra épica. Si alguna vez había existido allí espadas o huesos, o alguna huella republicana, jamás lo llegaríamos a saber.

Al fondo vimos aparcada una furgoneta, del servicio de limpieza municipal. No había nadie. Para quitarnos de encima la sensación de haber hecho el viaje en vano, juntamos unos troncos, pusimos tres o cuatro piedras en el centro, y encendimos una diminuta y ridícula hoguera.

Alrededor de ese pobre fuego volvimos a abrir nuestro segundo ejemplar de la Biblioteca. Tenía que animar al Rubio y al Cabrero como fuese. Leíamos en voz alta un apartado dedicado a la niebla (recuerdo perfectamente que la describía «como leche que rebosa de esa taza que es el infinito que nos rodea») y, por arte de magia, como si alguien estuviera echándonos el humo de un gigantesco cigarro a la cara, una espesa y carnosa calima empezó a rodearnos. Al principio los

tres escupimos una risa nerviosa, pero pronto nos dimos cuenta de que tal vez no sería tan sencillo salir de allí.

Avivamos el fuego para, al menos, vernos entre nosotros. La bruma hacía un ruido rarísimo, como un oso que suspira, y decidimos quedarnos quietos hasta que se dispersara (en realidad estábamos paralizados, no habiéramos podido movernos de ningún modo). Abrí el libro y fui leyendo capítulos. En uno de los primeros, los Jóvenes Castores nos advertían del peligro de caminar por el bosque sin mirar por dónde se pisaba. «Nunca tenéis que tantear con las manos o con los pies. Al acecho puede haber animales a los que no les gustan nada las instrucciones», decía.

El Rubio y el Cabrero, más asustados de lo que suponía, me recriminaron el fragmento que, sin darme cuenta, había escogido.

Juanito me arrancó el libro de las manos y lo abrió por la página 28. Allí había una especie de manual para convertir un saúco en una escopeta, enrollándolo con cinta aislante. «Como proyectiles podréis usar tapones de corcho pequeños. Introducidlos, untados de jabón o vaselina, y empujad el pistón en el tubo de saúco...». Juanito, sin compartirlo en voz alta, decidió que no saldría a otra misión sin ir armado. Desde entonces, se le solía ver con una estúpida escopeta de saúco por todas partes.

El fuego perdía fuerza y la niebla no menguaba. Tal vez pasaron treinta minutos, cuarenta. No muchos más. Era evidente que no nos podíamos ir, no se veía absolutamente nada. Nunca nos habíamos encontrado con una bruma tan densa y persistente. Entonces recuperé el libro y comencé a leer un artículo dedicado a juegos de gimnasia mental.

Proponía diferentes ejercicios. Uno de ellos consistía en hacer preguntas rápidamente, mientras el otro jugador no podía contestar con un simple *sí* o *no*. Aprendimos, así, a rechazar los binarismos que clausuran en vez de emancipar.

Otro de los juegos se llamaba *Una de cuatro*, y los participantes debían cambiar una sola letra de la palabra con la que iniciaban la competición (*nudo, nido, nado, dado...*). También leímos las instrucciones de uso de *El examen* (por categorías, con la B, actores, capitales, naciones, animales, flores: *Brando, Budapest, Bengala, Buey, Begonia*), o de *La cadena* (buscando cada vez una palabra que comenzara con la sílaba de la anterior, y así sucesivamente: *Polo, logaritmo, moda, dado*).

Decidimos, finalmente, que hasta que se fuera la niebla jugaríamos a *Los alargamientos*. Después de echarlo a suertes con una moneda (siempre llevaba una de 25 pesetas, por si nos daba por descarrilar un tren), le tocó empezar al Cabrero, sin duda el menos hábil con las palabras.

—Yo he visto un gato.

—Yo he visto a la dueña del gato —dijo rápidamente el Rubio, consciente de que el juego consistía en añadir componentes a la frase sin renunciar al sentido original.

—Yo he visto a la señorita Bulma, la dueña del gato —amplié, invitando al Cabrero a seguir.

—Yo he visto a la señorita Bulma, la joven dueña del gato.

—Yo he visto desnuda a la señorita Bulma, la joven dueña del gato.

—Yo he visto desnuda a la señorita Bulma, la joven y azul dueña del gato.

—¿Qué coño hacéis prendiendo fuego aquí? —nos interrumpió una voz ronca desde detrás de la Font Maragall.

Nos giramos y vimos a ese hombre de cincuenta y larguísimos años, con una perilla que le

colgaba como a los animales del padre de Jaime, y vestido con un chaleco negro sobre una camisa de cuello Mao. Llevaba una navaja en una mano, y un ramo de hierbajos en la otra. Pero no nos daba ningún miedo.

Gabriel había surgido entre la niebla, haciéndola desaparecer, como un arcángel de extrarradio.

3. ALPINISMO AMANUENSE

No nos habíamos dado cuenta de que detrás de Gabriel había un majestuoso pastor alemán. Lo llamaba *Bakunin*, y, aunque era joven y fuerte, nos miraba más con curiosidad y ganas de jugar que con ningún tipo de autoridad canina. Gabriel nos obligó a apagar el fuego, y nos mostró cómo salir de allí. Conocía un camino alternativo, entre matorrales y agujas usadas. En menos de diez minutos, pasamos por debajo del acueducto que aún hoy funciona como la puerta de entrada a Ciutat Meridiana desde la montaña.

Le dimos las gracias por la ayuda y, en señal de agradecimiento, lo invitamos a la Guarida.

Gabriel era un tipo generoso pero acérrimo, que, según nos contó mucho después, había participado en los secuestros de autobuses con los que los vecinos obligaron al Ayuntamiento a poner dos líneas que conectaran el barrio con el centro de la ciudad. Con la ayuda del conductor, desviaron un vehículo de su ruta habitual, en el paseo Valldaura, hasta meterlo por las imposibles callejuelas de barro de Torre Baró. Allí los vecinos los esperaban con rastrillos, hoces y azadas, con los que iban apartando matorrales, e inventándose un itinerario sobre la marcha. Dibujaron, así, un plano que contradecía a los técnicos del consistorio, quienes aseguraban que por allí era imposible circular. Hoy el autobús del barrio hace exactamente ese recorrido. Como si fuese una cicatriz que necesita que la volvamos a interpretar.

El Vital o el Bravo, le llamaban en aquella época. Siempre llevaba ese chaleco negro, y la navaja con su empuñadura de madera, que usaba para cortar la fruta que comía a todas horas o, simplemente, para abrirse camino entre los zarzales. Nunca nos explicó cómo había conseguido prejubilarse antes de cumplir los sesenta, aunque sabíamos que había trabajado en la cadena de montaje de la SEAT.

SEAT era un nombre que resonaba en todos nosotros. Un significante vacío que cada uno llenaba con referentes más o menos cercanos. La mayoría de los obreros del barrio trabajaban allí, y yo tenía una gorra con sus letras grabadas en la parte frontal. No sé quién me la había dado, si un vecino o alguien del colegio.

Gabriel recordaba aquellos años como un tiempo de asambleas, huelgas y porrazos. También de frustraciones colectivas.

Ver pasar un SEAT por el barrio era como ver pasar un animal nuestro, de la Meri, y jugábamos a adivinar quién había montado el motor, la puerta o el maletero. Si había sido alguien del bloque C, del bloque B o del A. Esas eran nuestras únicas Olimpiadas.

Gabriel volvió muchas veces a la Guarida, y nos habló de la importancia de constituir una comunidad entre iguales, pero también de los riesgos, siempre presentes, del autoritarismo. Su aparición fue clave porque nos ayudó a cuestionarlo todo, ya fuera a los adultos o nuestra propia

forma de llevar la agencia Scooby Doo. Lo hacía sin contemplaciones, pero con respeto. Heterodoxo frente a cualquier tradición, era un auténtico bicho raro para el resto de habitantes de la Meri. Vivía cerca del campo de fútbol, pero paseaba una y otra vez con *Bakunin*, de arriba abajo. Aunque la gente lo saludaba, no parecía tener demasiados amigos. No frecuentaba los bares, y nadie recordaba cómo había llegado al barrio, si había estado casado o tenía hijos. Cada vez que intentábamos saber un poco más de su vida, él se salía por la tangente con disertaciones sobre el apoyo mutuo, o nos pedía que nunca olvidáramos que las ideas de igualdad y libertad pertenecen a un triángulo oculto, cuyo principal vértice es la fraternidad. También nos leía poemas de autores que no aparecían en los libros de texto (Byron, Cravan, René Char) y, de repente, después de estar mucho rato sentado en silencio en nuestro sofá, soltaba frases que nos perseguían durante semanas.

—¿Cuál es tu objetivo? Mostrarle a la mosca la salida de la botella cazamoscas —dijo en una de sus primeras visitas a la Guarida.

Cómo íbamos a saber que citaba a Wittgenstein. Estuvimos semanas debatiendo sobre el significado de la indescifrable frase. Seguramente hoy, cuando de aquí a un rato nos reunamos de nuevo todos, seguiremos haciéndolo.

Bakunin siempre se situaba a su lado izquierdo, como si fuera una figura de porcelana, y lo miraba con orgullo y admiración. Gabriel decía hola y adiós de la misma manera, «Salud, compañeros», y a lo lejos nos hacía un gesto extraño cuando aparecía y desaparecía, alzando los brazos y juntando sus manos por encima de la cabeza.

Poco después de conocer a Gabriel fuimos de nuevo en grupo a la Revilux. El Dealer nos tenía preparado el tercer volumen de la Biblioteca.

Normalmente mi padre había pasado antes a comprar el diario y había dejado pagado el fascículo. En caso contrario, el Rubio y el Cabrero reunían algunas monedas y ponían lo que faltaba. No nos atrevimos nunca a pedirle nada a Fábio. Incluso entre los pobres hay quien es todavía más pobre. Y el silencio, ahí, lo dice todo.

El Dealer, tras asegurarse de que no hubiera ningún adulto cerca, le pasaba de extranjis a Juanito, previo pago, una nueva fotocopia de Bulma y sus gimnasias. Si entraba alguien en la papelería, yo movía como un poseso mi bufanda roja convertida, ya, en mi inseparable foulard, sumando mi señal de alarma al sonido que hacía la puerta al golpear una especie de cascabel que colgaba del techo.

Los libros los guardaba yo, en casa. Sus lomos yuxtapuestos, colocados en la estantería, iban dibujando poco a poco una escena propia de los Jóvenes Castores. También ahí, aunque de una forma muy precaria, aprendimos a fijarnos en lo que anuncia el paratexto. Si el lomo de nuestro barrio ahora anuncia Barcelona, sin acabar de serlo, nuestra colección escondía en los suyos una ilustración que se desvelaría, únicamente, cuando tuviéramos reunidas todas las piezas.

Aún no habíamos inaugurado octubre, pero la portada de aquel tercer número, siempre con ilustraciones de Francisco Capdevila, nos mostraba a Jorgito, Juanito y Jaimito esquiando con sus bufandas de rayas de colores. Las llevaban colocadas con un nudo trasero, y con los flecos al aire. Sabíamos que esquiar era algo que se hacía en invierno porque lo veíamos cada primero de año en la televisión, pero nos sonaba lejano, exótico. Ninguno de nosotros, ni nadie de entre nuestros amigos o familiares, había pisado nunca una pista de esquí.

Dentro de ese volumen, el tercero de la Biblioteca, encontramos algunas claves útiles para comunicarnos secretamente. De hecho aprendimos en esas líneas cómo Ciro Menotti, un italiano

que había luchado por la unidad de su país en el siglo XIX, evitaba la censura en sus cartas. Era algo tan simple pero tan efectivo como traducir unas letras del alfabeto por otras. La A se convertirá en O, la B en P, la E en I, y la T en D.

También se explicaban en ese número otros trucos ciertamente más rudimentarios, como la forma de escribir nuestras cartas con un ajo a modo de tinta china, sabiendo que sólo podrían ser leídas si acercábamos el papel a una bombilla. Mi madre no entendía por qué tantas veces le pedía un ajo, y afirmaba con sorna que, si me lo comía crudo, tendría muy buena sangre, pero que jamás de los jamases besaría a una chica.

Lo cierto es que esas estrategias que utilizábamos en nuestros cuadernos, donde básicamente anotábamos movimientos sospechosos, nos sirvieron, y mucho, tiempo después. Nuestros padres, cuando se dieron cuenta de que habíamos espiado a medio barrio, ni siquiera imaginaron hasta qué punto nos habíamos adentrado en las entrañas de aquel universo aparentemente inofensivo.

Gabriel nos observaba con curiosidad (más que sus discípulos éramos sus cómplices) y nos hablaba de los diferentes usos del lenguaje en las distintas formas de vida. Nosotros, por supuesto, podíamos hablar del esquí, pero no de la misma manera en que lo hacían aquellos que iban a pasar el fin de semana a Baqueira Beret. Nuestra venganza, para sortear nuestra propia ignorancia, era expropiar sus palabras y hacerlas nuestras. Secuestrábamos su vocabulario como Gabriel secuestraba los autobuses que no querían entrar en la Meri.

Para bajar el Barranco y aparecer en Vallbona, movíamos los pies de un lado a otro, frenando e impulsándonos por el terraplén. Después, cuando habíamos llegado a nuestro destino, cada uno argumentaba si era mejor descender con un *eslalon*, un *paralelo* (nos fascinaba la idea de que hubiese un barrio en Barcelona con nombre de modalidad de esquí) o un *Súper-G*. Eran discusiones interminables y en las que, sin saberlo, estábamos proclamando un estilo propio. Y el estilo, si no se queda en la mera reproducción, es el primer gesto de la desobediencia.

Fábio nos mostró otra forma de alpinismo, el paisaje de otro idioma: las montañas que habitan nuestras propias manos. Se inventó una leyenda gitana sobre las formas del pulgar. Cada raya, también, parecía la huella de un *eslalon*. La verdad es que se había limitado a leer aquel tercer número de la Biblioteca, en el que, luego, descubrimos una suerte de quiromancia amanuense, nombre que le habían puesto los Jóvenes Castores en homenaje a los monjes que copiaban los viejos manuscritos. Entre otras tesis, afirmaban que bajo el meñique está el monte de la Luna, y que su forma revela el sentimiento artístico de cada individuo.

—Si un león pudiera hablar, no lo podríamos comprender —nos interrumpió Gabriel, acariciándose la perilla.

Bakunin, mientras, movía con ímpetu su larga cola. Demostrando, sin decir nada, que el lenguaje no verbal también importa.

4. NIEVE, DULCE NIEVE

No hay guerra posible si uno no es capaz de inventarse un enemigo. Una épica y una retórica del enemigo.

Gabriel nos había hablado de *El desierto de los tártaros*, la novela en la que Dino Buzzati narra la historia del teniente Drogo, quien se pasa la vida en una fortaleza, esperando, sin éxito, que aparezcan los enemigos para poder declarar la guerra y alcanzar la victoria. Hasta la victoria, siempre. Pero no llega ni un alma. Es, como nuestro barrio, una frontera muerta en la que nadie ha pensado, ni para ganar batallas ni mucho menos para perderlas.

Convoqué una reunión de urgencia con el grupo. También vino Fábio. Les expliqué que desde mi habitación llevaba días espiando a los miembros del Bar Sport, situado justo enfrente del bloque en el que vivía. Allí pasaba algo raro. Los había observado con mis prismáticos, había anotado algunas cosas sospechosas (ahora parecen ridículas: susurros al camarero, que un parroquiano saliera siempre justo cuando entraba otro, etcétera), y quería compartirlas con los miembros de la agencia. El Rubio también había notado algo extraño en esa gente (recordemos que él vivía en el bloque B y, por lo tanto, también tenía el bar enfrente). Para nosotros todos aquellos clientes eran uno sólo, como si conformaran un coro griego, así que decidimos bautizarlos con un nombre conjunto, la Banda.

Con un enemigo detectado, y claramente localizado, nuestras misiones tomarían sentido. No podíamos convertirnos en un Drogo de barrio, que, además de tener nombre de perro, había sacrificado toda su vida esperando a unos bárbaros que nunca llegaban. Se había acabado el ir de excursión a la montaña. El Cabrero nos amenazaba con dejar el grupo e irse a pasturar con su padre si acabábamos haciendo de *boy scouts*.

Pero ¿por dónde empezar?

La Banda del Bar Sport podía dedicarse a cualquier cosa pero, a principios de los años noventa, en ese rincón de la urbe, lo más probable es que traficara con droga. Nos estábamos metiendo, con toda nuestra ingenuidad, en un buen lío.

Era mejor no contarle los detalles de nuestro proyecto a Gabriel. Al menos, de momento.

No tardaríamos demasiado en acercarnos al bar para hacer las primeras escuchas. Mucho después, cuando de la adolescencia no quedaba ni una estela, viendo «The Wire», me entretendría creando paralelismos entre cada uno de nosotros y los personajes de la serie. ¿Cómo hubiesen sobrevivido los detectives Jimmy McNulty, Lester Freamon y el teniente Cedric Daniels en un barrio de las afueras de Barcelona? ¿Tendrían suficiente con mis prismáticos amarillos y una escopeta de saúco?

No era demasiado difícil meter el oído ahí dentro. Quién iba a sospechar de unos niños

jugando a fútbol frente a la puerta de un bar. Anotaríamos frases sueltas, conversaciones entrecortadas, pero estaba claro que ese lugar era un mundo, un juego de lenguaje propio, y que teníamos que comprender el contexto si queríamos descifrarlo.

Creamos una suerte de diccionario propio a partir de lo que escuchábamos en el Barranco. Incluso nos atrevimos a cruzar el temido túnel de uralita únicamente para registrar nuevas etimologías. Allí más que una jerga se había constituido un idioma. El caballo, el jaco, el potro, la dama blanca o la nieve eran sinónimos de una misma pócima mortal, consumible a través de un chino o un chute, de un *fly* o de un pico.

También era importante, y así lo anotamos, fijarse especialmente en si dentro del Bar Sport se pronunciaban unidades de medida. Si hablaban de gramos o de kilos sabríamos a qué se dedicaban, en realidad, los miembros de la Banda.

No dejamos de acudir, religiosamente, a nuestra cita con la Revilux. El Dealer nos suministraba nuestro libro quincenal pensando que éramos cuatro frikis aburridos con aspiraciones bucólicas. Esa palabra empezaba a circular por el barrio desde que algunos empezaron a jugar a rol o a llevar camisetas de *Star Wars*.

Frikis, sí, tal vez, pero abocados a la acción.

El cuarto número comenzaba con un texto que sugería diversas estrategias para volverse invisible. Las utilizamos con éxito. Si éramos invisibles desde que nacimos para el resto de Barcelona, ¿no lo podríamos ser ahora en nuestro propio hábitat?

Nuestro nivel de paranoia comenzaba a ser tal (hemos dicho ya aquí que leer es constituir un paisaje) que en el capítulo titulado *Nieve, dulce nieve*, en vez de un artículo sobre fenómenos meteorológicos, llegamos a pensar que los Jóvenes Castores nos estaban sirviendo de brújula para encontrar la prueba del delito. Literalmente, nos animaban a cavar un hoyo de ochenta centímetros de profundidad y a escondernos hasta que aparecieran por allí los *husky* de turno, nombre que nosotros interpretamos como un apodo de los camellos de la Meri. Pobre Disney.

Ya en la Guarida, Fábio se puso a tocar el acordeón, una canción portuguesa, ancestral e irreconocible para nosotros, y el Rubio dibujó algo que dijo que podría ser nuestro escudo. Sospechosamente parecido, eso sí, al escudo del Barça.

—¿Para qué necesitamos un escudo? —le pregunté.

—Por si algún día se nos olvida que tenemos un compromiso. Y los compromisos no se crean sólo con palabras.

5. LUCHA SIN CUARTEL

La aparición del Amable fue el desencadenante de esta historia.

Un día entró en el Bar Sport y, en vez de minimizar esa idea de coro griego de la Banda, le acabó de dar sentido. Hizo consistente al enemigo. Su fuerte individualidad aportaba singularidad al grupo, como ese alimento que hace que un plato sea un plato, fácilmente reconocible, y no una simple lista de ingredientes combinados. El Amable era el nudo de todos los vínculos que allí se producían.

Era un tipo altísimo, de melena rubia y larga, rizada, una especie de Jesucristo consciente de su imponente presencia. Casi siempre llevaba la camiseta del equipo de fútbol del barrio, un maillot amarillo con un rayo verde que lo atravesaba de izquierda a derecha. ¿Qué quinqui que quiera pasar desapercibido viste así?

Y es que el Amable quería cualquier cosa menos pasar desapercibido. Era, de alguna manera, el heredero del Vaquilla, que había nacido en el barrio y que también nos había abandonado muy temprano. El Amable se divertía robando algún coche, dando alguna vuelta por la Meri, haciendo trompos y dejándolo tirado en el descampado de Vallbona. A veces eso le costaba alguna detención, pero sabía perfectamente que era un bajo precio a pagar a cambio del mito en el que se estaba convirtiendo.

Hasta su particular forma de caminar, como si hiciese pequeñas cabriolas, constituía toda una liturgia para que los vecinos entendieran quién mandaba ahí.

Cuando entraba en el Sport, todos se levantaban, y más de uno se le acercaba a saludar, con la mano extendida a metros de distancia, con toda la pleitesía que os podáis imaginar. Sólo he visto algo igual cuando Jordi Pujol llegaba a un acto y los fariseos de turno daban forma a la improvisada ceremonia. Era exactamente la misma dramaturgia.

Le llamaban así, el Amable, porque, cuando necesitaba dinero, no dudaba en robar a algún chaval del barrio, pero con parte de lo recaudado le pagaba un taxi para que llegara sano y salvo a casa. Esa ética quinqui acabaría, décadas después, decorando muchos museos de Barcelona. Sin duda es una *estetización* por parte de unos gestores culturales que, atraídos por lo que desconocen, no entienden que incluso en los barrios con silueta de cementerio hay unas normas. ¿Quién puede vivir sin que le quieran? El Amable pretendía tenernos atemorizados, por supuesto. De eso vivía. Pero también le importaba transmitir otro tipo de respeto.

Era el que menos tiempo pasaba en el bar. Entraba, pedía un quinto y antes de habérselo acabado ya se había ido. A veces llevaba una bolsa de deporte, pero no era fácil adivinar qué transportaba. Era demasiado peligroso meter el hocico. Al repasar las notas que habíamos tomado nos dimos cuenta de que, además de ser diestro creando tótems y tabús con cada uno de sus gestos,

también era poco hablador. No pronunciaba ninguna palabra que pudiéramos asociar con la droga, ni con otro tipo de mercancía, y casi todas sus réplicas eran monosílabos.

Pero una cosa ya estaba clara: el Amable y su banda eran nuestros antagonistas. Esos tipos tenían algo entre manos y nosotros, autoproclamados adalides de la dignidad del barrio, debíamos descubrir qué diantres pasaba en ese sucio bar de la calle Agudes.

Hoy, mientras os cuento esto, subo por las escaleras mecánicas que mueren frente al local, cerrado ahora a cal y canto, y lo fotografio como si fuera el vestigio de una civilización antediluviana. Y sin embargo los arquetipos que allí encontrabas se repiten a cada segundo en tantos otros bares, condenados siempre a las afueras de todo, donde el alcohol barato se va metiendo entre la piel de quienes los habitan.

—¿Por qué no sales de casa sin tu navaja? —le preguntó el Rubio a Gabriel.

—¿Y por qué tú no vas desnudo por la calle? —le contestó el viejo ácrata.

Gabriel sostenía que, con el paso de los años, se nos olvida que lo más difícil es tener una vida simple. Por eso, decía, su navaja no era una navaja normal, sino la navaja de Ockham, bautizada así en honor al método filosófico de un fraile del siglo XIV. Básicamente, el franciscano defendía que, en igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable.

Gabriel adoraba estas *boutades*. Ni él mismo se creía muchas de las cosas que nos soltaba de repente en la Guarida (jamás hubiese renunciado a la complejidad del mundo), pero esas frases ingeniosas o provocadoras nos servían para desbloquearnos y afrontar nuestras principales inquietudes. Llevábamos días intentado encontrar alguna pista concreta, merodeando fuera del bar, sin conseguir nada. Absolutamente nada. ¿Cómo escuchar mejor lo que se decía en el Sport? La respuesta era sencilla. Entrando literalmente en la boca del lobo.

Nos metimos un día en que no estaba el Amable, y le explicamos al camarero que estábamos ofreciendo a todos los bares del barrio una suerte de cabaret, con trucos de magia y espectáculos de pequeño formato. Fábio llevaba el acordeón. Tocó algo. La excusa era estúpida, por supuesto, pero el camarero, por lástima o por curiosidad, nos permitió probar esa misma noche. El espectáculo era gratuito, y tan sólo se pedía a los asistentes que colaboraran con alguna moneda.

Con un trozo de terciopelo rojo improvisamos un escenario de marionetas. En el número cinco de la Biblioteca de los Jóvenes Castores, que habíamos comprado esa misma semana, habíamos aprendido a fabricar un juguete llamado *Lucha sin cuartel*. Con dos láminas de madera, un cartón grueso, un alambre (utilizamos clips para sujetar hojas), hilo de nailon y un alfiler montamos el frágil artilugio. La verdad es que dio resultado, y enseguida tuvimos dos muñecos, con las extremidades móviles, que luchaban hasta el último aliento. Yo había visto alguna vez títeres de cachiporra, y apliqué a nuestra representación las historias de Punch, en las que el débil siempre golpea al opresor. El victimismo nunca falla. Con la música de Fábio y las onomatopeyas del Cabrero, la cosa funcionó mejor de lo esperado.

Los parroquianos del Bar Sport estaban encantados. Algunos se burlaban de nosotros, pero la mayoría nos dieron alguna propina, e incluso nos hicieron prometer que volveríamos con nuevas funciones. Ahí, de nuevo, la Biblioteca nos salvó la vida. En ese mismo quinto libro encontramos un truco, *Transmisión del pensamiento*, que simplemente se basa en adivinar la carta seleccionada. Y otro en el que aprendimos a hacer desaparecer una moneda. Todos se lo tragaban, fascinados por esos nuevos inquilinos imberbes y teatrales.

Pero el teatro acabó demasiado pronto. Una tarde llegó el Amable y, al ver que no era el centro de atención, dejó caer su cerveza al suelo. La botella se rompió, desperdigando el líquido y

su espuma. Todos se giraron. Y alguien nos invitó a salir del local.

6. A LAS FLORES QUE SE CIERRAN POR LA NOCHE

La Biblioteca siempre abría con un dibujo de un pergamino en el que venía escrita una dedicatoria. El volumen sexto estaba dedicado, entre otras cosas, a «las flores que se cierran por la noche». A nosotros nos parecía que hablaba de Luis.

Primera semana de diciembre. El pequeño diccionario meteorológico que traía el librito que el Dealer nos había proporcionado con regularidad *meridiana* (nunca mejor dicho), nos fue bien para describir aquellos días de cielo plumizo. La *escarcha*, el *rocío*, el *granizo*, el *rayo* o el *chaparrón* eran fenómenos que nosotros conocíamos bien. Pero la descripción del *halo*, «el aureola que se da entre nosotros y el Sol cuando hay nubes que contienen agujas de hielo en suspensión», era una especie de augurio de lo que veríamos aquella tarde en el Barranco.

Creo que fue el Cabrero quien advirtió aquel sonido, a pocos metros de nuestra cabaña. Era como el berrido de un animal herido. Estábamos inmersos en una discusión, en la que habíamos invitado a participar a Gabriel, sobre cómo seguir con Scooby Doo, ahora que el Amable nos había visto la cara. No le habíamos caído precisamente bien. O lo dejábamos (Fábio prefería jugar a fútbol a meterse en líos, ya tenía suficientes) o intentábamos, en serio, averiguar lo que de verdad pasaba en ese bar. Entonces, el berrido.

Luis era mi vecino. El vecino del cuarto. A su padre lo había devorado pocos años atrás un cáncer de hígado. Vivía con su madre. Era un chaval tímido, educadísimo, algo repipi. Lo que te identificaba como repipi era si llevabas la camisa por dentro o por fuera. Luis la llevaba siempre por dentro. Tal vez tenía cuatro años más que nosotros. No lo recuerdo con exactitud. En todo caso, no más de dieciocho. Su madre, con la pedrada que supone convertirte en viuda tan joven, se había volcado en el muchacho. Excesivamente. Y algunos se reían de él porque se peinaba con la raya a un lado, poniéndose colonia en el pelo. Ponerse colonia en el pelo era otro síntoma inequívoco de que pertenecías a la raza de los repipis.

Que algo iba mal, realmente mal, lo sabíamos desde seis meses antes, cuando su madre había bajado desesperada a casa, picando a la puerta, y pidiendo avergonzada a mi madre (ni tan sólo eran amigas) que le dejara algo de dinero (nada, mil pesetas). Su hijo Luis se había metido en problemas y le había robado lo poco que tenía en la cartera, además de las joyas. Hola, heroína. Eso sí que era un síntoma inequívoco.

Salimos de la Guarida, y el Rubio comenzó a mover su diafragma como si tuviera un incontrollable hipo. Todo él se esforzaba en pronunciar esa voz que vibra a distancia y, sin embargo, casi no se oye. Los demás sólo pudimos medio taparnos la cara. Y abrir la boca.

Abrimos la boca como si fuéramos largos y negros túneles de asombro. Abrimos la boca como el personaje de Munch, y el paisaje empezó a temblar. La colina de enfrente era un colosal flan negro de carne trémula.

Luis estaba tirado en el terraplén, gimiendo, todo azul. El azul del cabello de nuestra Bulma, el azul que asociábamos al sexo mitificado, se convertía en el azul de un animal moribundo.

Aún llevaba la aguja clavada.

Gabriel tardó en darse cuenta de lo que pasaba. Cuando lo hizo, nos apartó de un manotazo. Nos obligó a meternos de nuevo en la cabaña. El Cabrero lloraba. Al Rubio, el más valiente, le tocó ir a una cabina y llamar a la ambulancia. La moneda de 25 pesetas que siempre llevábamos encima, para colocarla en las vías antes de que pasara un tren, se convirtió, de repente, en la moneda de Caronte. Qué precio más alto.

La manta térmica. La ambulancia en silencio. Los policías tomando nota de lo que habíamos visto y oído. *Bakunin* convertido en un lobo que aúlla. La madre de Luis agarrándose a la barandilla, arrodillada, justo encima de donde hoy está el letrero de «Benvinguts a Barcelona». El crepúsculo de un largo día, el halo del primer invierno. Luis, la flor que se cierra por la noche.

7. BOCA ARRIBA Y BOCA ABAJO

¿Os he hablado ya de la plaza Roja?

Lo de Luis fue un espejo demasiado fidedigno. Cada vez que tomábamos consciencia de que nuestro patio de la infancia era un terreno húmedo, con calles sin asfaltar llenas de jeringas usadas, clavadas en la hierba como margaritas que crecen intuitivamente, bajábamos a la plaza Roja.

Es aún (desde aquí os hablo ahora) una plaza dura, de cemento armado, pero para nosotros era como ir al centro del centro de la máxima civilización. La zona norte y oeste está rodeada, también, de pisos que, en forma de ele, abrazan la explanada. Y unas majestuosas escaleras (lo eran para nosotros) conectan la plaza con las viviendas.

Fábio bajaba las escaleras poco a poco, como una estrella de cine, saludando al personal. Tocaba algo con su acordeón, y yo le acompañaba, entre risas, moviendo mi bufanda roja. Jaime *el Cabrero*, más tímido, nos esperaba en los porches formados por los pasillos superiores. Allí, arriba, como en un palco a la plaza, Juanito *el Rubio* paseaba su bicicleta BH.

Al este, a pocos pasos, aún está el mercado municipal. Nosotros no dudábamos de que nuestro lugar era el Barranco y sus inmediaciones, y estábamos orgullosos de nuestra infancia verde y salvaje. Pero lo de Luis había asustado a mucha gente, por lo que nos prohibieron ir por allí durante un breve periodo de tiempo. Sin rechistar, para calmar los ánimos, decidimos prestarnos al simulacro de ser niños sociales y socializados.

Nos metíamos en el bar del mercado, donde servían los desayunos. Como el dueño tenía la incomprensible costumbre de tirar al suelo todas las chapas de las botellas que abría, le pedíamos permiso para recogerlas. Con ellas jugábamos luego nuestros campeonatos nacionales. Ya sabéis cómo funciona. Una tabla de madera, dos porterías hechas con clavos, y once jugadores (once chapas) contra once. Solo se puede chutar con el dedo índice (más control) o con el corazón (más potencia). No hay tiempo acotado. Pierde el que abandona la partida.

Las chapas más buscadas eran las de los batidos de chocolate, de la marca Puleva, porque la pieza de metal iba recubierta con una capa de corcho. Una chapa Puleva era el líbero perfecto, capaz de disparar a puerta desde largas distancias. Una chapa Puleva era nuestro Ronald Koeman. Y, aunque en la vida es más divertido y más espectacular hacer la croqueta como Michael Laudrup, en una competición así lo que importa es ser efectivo. «Cara a barraca», decía yo, el Catalán.

Cuando nos cansábamos de jugar a las chapas, convencíamos al Rubio para que nos dejara practicar con su BH algo que explicaban Los Jóvenes Castores en el último número de la Biblioteca.

Según nuestros amigos de papel, la bicicleta no había cambiado de aspecto desde 1890, aunque había habido numerosos intentos de obtener un mejor rendimiento modificando la posición del conductor. En 1900, leíamos, el velocista Nieuport construyó una bicicleta en la que se pedaleaba boca abajo. Nosotros lo intentamos por los pasillos y los porches de la plaza Roja, con algún que otro accidente remarcable. Fue en 1930 (aquello era una enciclopedia que nos susurraba al oído) cuando apareció el velocar, una bicicleta, diseñada por Mochet, que funcionaba justo al contrario, pedaleando boca arriba. Los tortazos llegaron por igual. Y el Rubio, sigilosamente, guardó su BH durante un tiempo temiendo, con razón, que acabáramos rompiéndole todas las piezas.

Fábio, como tantas otras veces, desaparecía de repente. Nosotros sabíamos que ese acordeón no era un juguete. Lo habíamos seguido alguna vez. Se ponía debajo de la autopista, en un cruce frente a la gasolinera, y tocaba alguna canción rápida y sentimental mientras el semáforo estaba en rojo. Nunca le preguntamos, nunca nos dijo cuántas monedas era capaz de conseguir en una tarde. Lo que sí sabíamos es que el resto de su familia, sus hermanas y sus primos, hacían lo mismo pero vendiendo pañuelos de papel. A él, la música le daba una cierta dignidad entre el clan. Incluso allí, en esas duras circunstancias, se cree en eso del glamur del trabajo cualificado.

Entendimos pronto que a lo que llamaban *civilización* no era a bajar a la plaza Roja y abandonar el Barranco, sino a la capacidad de imponer normas y prohibiciones. Ya nos había advertido Gabriel de ese tipo de cosas.

Pese al frío de diciembre, las ratas habían vuelto a campar a sus anchas por las calles del barrio y el Ayuntamiento, además de no hacer nada para combatir la plaga, había prohibido los campeonatos de caza mayor. Decidimos hacer unos carteles, pegarlos en cada edificio, y convocar una nueva edición clandestina. Nadie sabía quién organizaba el nuevo campeonato (no podíamos arriesgarnos a poner nuestro nombre) pero los vecinos salieron sin pensarlo demasiado con escopetas de balines y petos fosforescentes (condición sine qua non para participar, según las bases redactadas por nosotros mismos).

No puedo dejar de sonreír ahora, mientras subo las escaleras mecánicas de la plaza Roja, recordando aquella estampa. Decenas de personas vestidas con estridentes chalecos amarillos, mucho antes de que existiera ninguna Vía Catalana, cogiendo de las patas a las ratas malheridas, aún empapadas de sangre. Como si fueran hermosos conejos recién salidos de una imaginaria chistera.

Luego, para saber quién había ganado, las pesaban en una balanza que impartía justicia.

Lo hacían boca abajo y boca arriba.

8. ¡AL LADRÓN!

Quién nos iba a decir que Eva pasaría a formar parte tan importante de esta trama. Eva también iba al mismo colegio de Vallbona, y casi todo el mundo la rechazaba simplemente porque un día, en medio de clase, se había meado. Tal cual. Se meó en la silla. Vestida con un ridículo tutú blanco, que le compraron para las clases de danza, y que le habían dejado puesto toda la tarde. No hablamos de que se meó cuando tenía seis o siete años. No. A los trece o catorce, delante de todo el mundo, descargó en la fila cuarta, asiento segundo.

No pidió ir al baño, no se puso roja, no agachó la cabeza. Se meó mirando a la profesora cara a cara. Hasta que el líquido se transformó en un charco amarillo y maloliente. Hasta que la sacaron fuera por la fuerza.

Nadie, por supuesto, le preguntó por qué lo hizo. Ni si fue intencionadamente o no. Pero, como podéis imaginar, aquello no fue muy bueno para su reputación social. Tuvo que soportar todo tipo de insultos, de motes urinarios, que ella aguantaba estoicamente, sin ni siquiera contestar.

—Quiero entrar en el grupo —nos dijo un día en la Guarida, donde había aparecido por sorpresa.

—¿Qué grupo, Eva?

—El que se reúne aquí. El que vigila el Sport. El que está liderado por Gabriel.

—¡Aquí nadie lidera nada! —contestó, enfurecido, Jaime.

Nos tenía controladísimos. Conocía todos nuestros movimientos. Incluso mencionó nuestras visitas quincenales a la Revilux, y nos llegó a tildar de secta asociada a los Jóvenes Castores.

—¿Y qué podrías ofrecernos para entrar en el grupo? ¿Qué tienes que nosotros necesitamos? —preguntó el Cabrero.

—Mi padre es uno de ellos. Es la urraca del bar.

Era evidente que Eva seguía los libros de la Biblioteca. En el último número (el primero del año que inaugurábamos, 1992), descubrimos que la urraca, protagonista de cuentos y leyendas, ha pasado a la historia como una ladrona. Cogí el volumen y leí en voz alta:

—Si alguien ha tenido alguna vez una urraca en casa, habrá observado, con desesperación, cómo van desapareciendo sortijas, cadenas, dedales, ¡hasta tijeras!

Eva, de memoria, acabó el párrafo de la página 71:

—Es cierto que se siente atraída por los objetos que brillan y que se los lleva al nido, pero también es cierto, y esto es mucho más grave, que se siente atraída por los huevos y por las crías de otros pájaros y que los devora sin piedad.

El Rubio, entre sorprendido y asustado, me arrebató el ejemplar. Y acabó de leer, también en

voz alta:

—¿A qué pájaro daríais, entonces, el premio del egoísmo y de la rapiña?

Hicimos un pacto. Ella nos acercaba a su padre, el Urraca, y nosotros la dejábamos entrar en el grupo como socia externa. Podría venir a algunas de nuestras reuniones secretas, pero tenía que avisar antes. Aceptó sin rechistar.

Nos explicó que su padre era cómplice del Amable, que también solía estar en el Bar Sport, y aunque reconoció que no sabía con precisión a qué se dedicaban, aseguró que podría averiguarlo. Estaba claro que odiaba a su padre. Aún no sabíamos exactamente por qué. Aún no sabíamos que, en realidad, era su padrastro. Y que ella era una suerte de Cenicienta sin más vestido de gala que aquel ridículo tutú.

9. PREDECIR EL TIEMPO

Mientras Eva investigaba los quehaceres de su padre, el Urraca, el Dealer nos suministraba nuestra dosis quincenal de Jóvenes Castores. El Rubio seguía inspeccionando todos los rincones de Bulma en sus fotocopias de contrabando, y pintando de azul las partes más nobles. Fábio y yo le preguntábamos a Gabriel qué haríamos con nuestra cabaña si enero se ponía más inclemente de lo habitual. El Cabrero, casi ofendido, respondió que en temas meteorológicos el guía era él.

—Mirad allí, a lo lejos. ¿Veis el rebaño de ovejas de mi padre?

Cuando quería emular los gestos de un pastor, el Cabrero siempre masticaba algún hierbajo que había encontrado cerca del Barranco. Como si estuviera hablándonos desde un wéstern de John Ford.

—¿No eran cabras lo que tenía? —le preguntó el Rubio.

—Eres idiota. Fíjate cómo se agrupan. Si el rebaño estuviera disperso por Vallbona, podríamos estar tranquilos. Cuando se juntan es que la temperatura comienza a descender. Las madres cortan el frío así.

Es verdad que desde la Guarida veíamos sus ovejas como pelotas de gomaespuma, todas juntas, moviéndose muy lentamente.

Fábio permanecía entusiasmado con algún artículo de la Biblioteca. De golpe dejó el fascículo en el suelo y se puso a buscar como un loco por las ciénagas del lugar. Vino corriendo y gritando que había encontrado lo que necesitaba para el experimento. Entre sus manos llevaba una rana verde, inocente. La metió en una especie de barreño con agua (lo suficientemente alto como para que no escapara de un salto) y con dos palos y una goma le construyó una pequeña escalera.

Siguiendo las instrucciones de nuestra biblia particular, nos dijo que sabríamos predecir el tiempo según los movimientos del anfibio.

—Aquí dice que si la rana permanece subida a la escalera no salgamos sin paraguas.

La rana, nos explicó, acudiendo a la sacrosanta Biblioteca, se quedará bajo el agua, enseñando sólo los ojos, si espera calor. Si se queda en medio de la escalera, la temperatura puede ser variable. Si la sube del todo, lloverá. Seguro. Todos mirábamos el cubo con gran expectación. Fábio, sin saberlo, se lo puso fácil a Gabriel para que volviera a Wittgenstein.

Gabriel, acariciándose su perilla blanca, nos dijo que teníamos que aprender a olvidar lo que habíamos aprendido. Sólo así podíamos asumir el conocimiento como algo propio, orgánico. Se refería a la vida en general, pero también a las pistas que íbamos recabando sobre la Banda.

Aprender a aprender, repetía el Cabrero.

—Es como la escalera de la rana. Ella no sabe por qué sube o baja. Quien sabe interpretar de

verdad una huella, al final, borra su propio sentido. Es sólo un método. No confundáis nunca el instrumento con lo que se estudia. Los instrumentos son convenciones. Una vez que has subido por la escalera y has visto el mundo, has de deshacerte de ella. Si no, no hay forma de ser libre. La escalera también puede ser una cadena.

Gabriel hablaba y la rana subía y subía por su inestable escalera. *Bakunin* la miraba, movía la cola y le ladraba.

—Normalmente, sin saberlo, estamos ya en el lugar al que queremos ir —seguía diciendo Gabriel, parafraseando al filósofo vienés.

Con la estampa de las ovejas de fondo, y la rana intentando sobrevivir en su piscina improvisada, llegó el chaparrón. La Guarida no estaba preparada para aguantar aquella tormenta. Corrimos hacia el oeste. Y allí nos cruzamos con Núria y Anna, las dos chicas más bellas del planeta Suburbio.

Núria era rubia, de ojos verdosos, y tenía dos hoyuelos que le nacían en la comisura de la boca. Esos hoyuelos, dos agujeritos minúsculos en su rosada cara, eran como el dibujo de una doble sonrisa permanente. Anna, morena, de melena larga y lisa, era más alta, muy esbelta para su edad, y manejaba con destreza (o eso nos parecía a nosotros) todos los mecanismos de la seducción.

Anna no vivía en el barrio, ni en Vallbona. Era de Montcada. Detrás de la fábrica de cemento. Pero como sus padres trabajaban hasta entrada la noche, muchas veces pasaba la tarde en casa de Núria. El Rubio, que escondía sus fotocopias de «Dragon Ball», arrugadas por el agua, le dijo medio en broma a Núria que podía acogernos en su casa mientras durara el temporal.

Gabriel y *Bakunin* desaparecieron bajo la intensa lluvia.

Aquella niña rubia, delicada, que vestía siempre un chándal del mercadillo (de colores imposibles) con la gracia de una dama de alta cuna, era de una bondad infinita. Y accedió. Nos metió en su casa. Su madre nos ofreció unas tostadas y un zumo (*fruco*, decíamos) de melocotón del Pryca (el Pryca era el sitio al que acudíamos todas las familias, a principios de mes, para abastecernos por si llegaba una guerra nuclear). La madre siguió con su tarea diaria, ver «Cristal», la telenovela venezolana.

«Cristal», y sus historias de odios, venganzas y traiciones, fue para muchos de nosotros nuestra educación sentimental. Así nos ha ido.

Mientras escuchábamos de fondo la melodía (ya sabéis el estribillo: *Mi vida eres tú y solamente tú / Tratando de explicar su mano le tomé / Y la intenté besar / Mi vida eres tú y solamente tú...*), Núria nos enseñó su habitación, que era casi tan cursi como su madre. Todo estaba inexplicablemente pintado de color chicle, y repleto de visillos en forma de pequeñas cortinas. La mirada de Fábio convertía toda esa cutrez en una gigantesca y lujosa casa de muñecas.

Anna, entonces, propuso que jugáramos a *El conejo de la suerte*. Nos sentamos en corro y, chocando las manos, cantamos (*Pum, ya está aquí / Haciendo reverencia / Con cara de vergüenza / Tú besarás al chico o a la chica / Que te guste más / Y te debe gustar / Mucho más*).

Al principio todos besábamos a alguien que no nos gustaba del todo, para disimular. Era parte del protocolo. La primera vez besé a Fábio en la cara, y luego a Anna. Pero, en la tercera ocasión que me tocó, me animé a acercarme a la niña rubia. Le pedí que se levantara. Miré fijamente esos hoyuelos de bruja buena. Y con toda la torpeza de la que fui capaz, la besé en la boca.

El deseo, oculto hasta ese momento como un monstruo encerrado en su propio laberinto, comenzó a bostezar. Algo se había despertado para siempre.

Anna, Jaime, Juanito y Fábio, pitorreándose de nosotros, tarareaban *Mi vida eres tú y solamente tú...* La rana verde, sin que lo supiéramos, había conseguido escapar del cubo. Y Eva, a menos de un kilómetro de distancia, había encontrado un fajo de billetes escondidos en la habitación de su padrastro, el Urraca.

10. EL CANTO DEL GALLO

Nuestra inquebrantable discreción y nuestra metodología de sabuesos detectives se fueron al garete con la aparición de Núria y Anna. Venían a la Guarida y transformaban nuestro espacio secreto en una especie de centro cívico entre matorrales. Nadie, y menos yo, se atrevía a decirles que lo que estábamos haciendo allí era muy importante. Ellas se divertían simulando que no habían descubierto las fotocopias del Rubio, haciéndole preguntas imposibles a Gabriel (la conexión entre los tres fue inmediata) y leyendo los artículos de la Biblioteca. De hecho, aquella tarde se habían apoderado del número diez de la colección, y ensayaban, delante de nosotros, las posiciones de yoga que proponían los Jóvenes Castores. Nos mostraron el Matsyendrasana (colocándose en espiral), el Sirhasna (apoyando la cabeza en el suelo) y el Sarvangasana (imitando la forma de un clavo).

Compartían carcajadas mientras se movían igual que un árbol elástico, provocando una bucólica melodía capaz de obviar toda posibilidad de emergencia.

El Rubio se sentía incómodo. Mi acercamiento a Núria lo ponía extrañamente celoso. El Cabrero las miraba con la idolatría de un hinchado. Fábio, *el Gitano*, iba y venía sin rechistar. Aunque siempre se mostraba reticente (nunca supo del todo si se zafaban de él) alguna vez tocó el acordeón para ellas tras la unánime petición popular. Yo, el Catalán, intentaba establecer un lenguaje de galán adolescente a través de los movimientos indomables de mi bufanda roja, como si fuera un pavo real venido a menos. A Gabriel no se le acababan nunca los ingenios.

Como no nos hacían demasiado caso, decidimos reunir todas las pruebas que habíamos recopilado hasta el momento. No hay nada tan aterrador como acudir al bloc de notas. Los apuntes que en su momento nos han parecido una genialidad, algo deslumbrante, se presentan después como cadáveres fríos, garabatos sin más objetivo que el de rellenar un papel rayado.

Pero en los fascículos estaba todo, lo pensábamos de verdad. Volvíamos una y otra vez a la Biblioteca. La fe es eso. No se trata de creer que en el libro se esconde la verdad. Es un instrumento, un catalizador para el exégeta que pretendemos ser ante la avalancha y el ruido de la vida.

Normalmente, sin saberlo, estamos ya en el lugar al que queremos ir. Las notas eran nuestra escalera de Wittgenstein. Las pantallas a superar de un videojuego analógico.

En la página 64 de la Biblioteca, en su décimo número, encontramos un manual para interpretar gestos. Podíamos repasar, uno por uno, todos los movimientos que habíamos anotado, e intentar encajar las piezas. Dicen los Jóvenes Castores que el que hace gestos amplios y lentos es un autoritario y que está fatalmente destinado a mandar. ¿El Amable era el verdadero líder de la Banda? Dice la Biblioteca que estrechar la mano con decisión indica franqueza. ¿No es verdad

que el camarero, cuando acordamos actuar en el Bar Sport, nos las apretó como si fuéramos adultos? ¿Cuál era su papel en toda aquella historia? Dicen los Jóvenes Castores que quien bebe a sorbitos quiere parecer refinado cuando en realidad sólo concede valor a los bienes materiales. Y que el que bebe todo de un solo trago, añaden, deja que sus pensamientos se pierdan en el infinito. Es un fantasioso.

—Tiene tres bolsas llenas de dinero. Billetes de todos los colores.

Eva, como Fábio o Gabriel, mantenía la capacidad para aparecer de la nada. Nunca cumplió eso de avisar antes.

Su presencia hacía crecer la densidad del ambiente, y algo la separaba de Núria y Anna. Tal vez tenía celos, también, o tal vez lo que pasaba es que ella se estaba jugando mucho más que ninguno de nosotros, que, al final, nos limitábamos a alternar el yoga con el porno japonés fotocopiado. Quién nos iba a decir que, ante el peligro de caer en el imperio moralizante de Disney, seríamos capturados, finalmente, por una *New Age* oriental *avant la lettre*.

Eva nos contó que el Urraca guardaba el dinero en bolsas de basura encima del armario del dormitorio. Era imposible que aquello fuera el resultado de los ahorros familiares o de una inesperada herencia. Su padre hacía mucho que no trabajaba, y pasaba las horas frente a un carajillo frío en el Bar Sport. Vivían en teoría de lo poco que ganaba la madre limpiando alguna portería del barrio.

El Urraca, «hombre a un carajillo pegado», según el quevediano Gabriel, era un tipo decrepito, siempre sin acabar de afeitarse (con ese tipo de barba que no merece ni un nombre ni un adjetivo), siempre desaliñado, siempre con unos pantalones de pinzas medio bajados, y con una rebeca negra salpicada por una gran escarcha de caspa blanca. La mala baba que gastaba ya nos había llamado la atención, pero de lejos parecía más bien inofensivo.

Le pedíamos nueva información a Eva, pero era evidente que no quería abrir las ventanas de su casa allí en medio, con Núria y Anna mirándola como a una meona chivata y desequilibrada.

Nos apartamos un poco, y, sin llegar a salir de la Guarida, nos contó que el Urraca, su padrastro, era un hombre objetivamente detestable. En el bar sólo bebía carajillos para no gastar. En casa se pimplaba botellas de coñac enteras una detrás de otra, y la madre, harta del aliento de un alcohólico casposo, había comenzado a quedar con un hombre aún más mayor, viejísimo, que la ayudaba económicamente y que la trataba al menos como a un ser humano. Cuando lo descubrió el Urraca, sorprendentemente, no le pidió que dejaran de verse. Le robaba lo que le daba el hombre, eso sí, y la zurraba cuando se le antojaba.

Pero el dinero de la bolsa no podía venir sólo de hurtos domésticos. Las urracas, ya lo hemos dicho, son conocidas por su condición de ladronas, pero también sabemos que se sienten atraídas por las crías. No era necesario que Eva nos contara mucho más para adivinar qué pasaba en aquel piso de Ciutat Meridiana.

Desde Scooby Doo no podíamos adentrarnos en la casa del Urraca y salvar a Eva. Tal vez sí que podíamos, en cambio, acabar de enlazar los vínculos entre los miembros de la Banda, estábamos ya muy cerca, y reunir alguna prueba que demostrara que, estuvieran haciendo lo que estuvieran haciendo, su actividad era objeto de delito. Y hacer una llamada anónima a la policía. Si detenían al Urraca, Eva podría respirar tranquila. Al menos por un tiempo. Nosotros, por otro lado, podríamos concentrarnos entonces en algo mucho más fructífero, como seguir indagando en las aristas del deseo. Sin cristales rotos.

—A nosotras no nos conocen. Yo ni si quiera soy del barrio. Podemos meternos en el bar y

robar una de esas misteriosas mochilas que siempre lleva el Amable. Sólo así sabremos qué esconden realmente.

Anna poseía un nivel de consciencia superior a todos nosotros. *Mindfulness* antes de la plaga mercadotécnica del *mindfulness*. Siempre era la primera en captar la gravedad de la situación. Pese a las reticencias del principio, y pese a no haber escuchado bien nuestra conversación, supo ver qué estaba pasando ahí. De repente se acercó a Eva como si fuera su cómplice de toda la vida. Núria no entendía nada, pero confiaba ciegamente en Anna.

Gabriel, por suerte, estaba demasiado entretenido mirando el río de coches que circulaban por encima del terraplén. A veces, simplemente, se dejaba ir. Desconectaba. Y a nosotros nos iba bien, porque en caso contrario hubiera impedido que fuéramos más allá de nuestras conjeturas teóricas.

Organizamos un plan meticuloso. Y no lo ejecutamos hasta que estuvimos seguros de que Anna y Núria podrían salir de allí sin que nadie sospechara de ellas. Pasamos tres tardes observando el bar. No había forma de meterse en el Sport sin acaparar la atención. Pero llegó el sábado, y al mediodía, cuando había más gente tomando el vermut, las dos aprovecharon para entrar con naturalidad.

Núria pidió una bolsa de patatas. Cada vez que el camarero se daba la vuelta para alcanzarla, Núria le decía que no, que quería la otra marca, ese otro tipo de chips. Así hasta cuatro o cinco veces. Anna llevaba una mochila grande, la del colegio, en la espalda. Lo suficientemente grande para introducir en ella la del Amable, que había entrado diez minutos antes. El Rubio y yo vigilábamos desde lejos, con los prismáticos. Llevábamos un silbato para avisar cuándo podían salir. El Cabrero se colocó en la parte norte. Fábio se comprometió a que, cuando pitáramos, él entraría en el bar con el acordeón. Pediría alguna moneda a los parroquianos, y ellas aprovecharían para marcharse.

El Amable dejó no uno, sino dos macutos en el suelo, justo al lado del Urraca, que estaba sentado en el mismo lugar de siempre, frente a las vidrieras, delante de nosotros. La gente miraba en el televisor el resumen del último partido de fútbol, o la previa del siguiente, y él observaba la carretera que sube como un escorpión por la calle Agudes. El Amable fue a la barra, donde Núria seguía mareando al camarero, se tomó el quinto de un trago, y se marchó. Sin decir adiós a nadie. Vimos a Anna, junto al Urraca, agachando la cabeza, y cómo nos hacía un gesto con el pulgar. Silbamos, y el Gitano entró tocando «Grândola, vila morena». Se formó un pequeño tumulto. Los que querían ver la tele reaccionaron dándole collejas, y el camarero lo echó. Anna ya tenía uno de los macutos escondidos en su mochila, y Núria su bolsa de patatas.

Nos reunimos todos en la Guarida. Cuando estábamos a punto de abrir el macuto y descubrir qué escondía el Urraca, Gabriel, arcángel de la Meri, apareció en el Barranco. Para disimular delante de él, todos comenzamos a cantar la misma canción que Fábio había interpretado en el bar, y cuya letra ya nunca se nos olvidaría. *Grândola, vila morena / Terra da fraternidade / O povo é quem mais ordena / Dentro de ti, ó cidade / Dentro de ti, ó cidade / O povo é quem mais ordena / Terra da fraternidade / Grândola, vila morena.*

—¿Has visto, Gabriel, cómo las ovejas de mi padre ya se han dispersado? Poco a poco llegará el buen tiempo —dijo Jaime mientras, mirando hacia Vallbona, ambos masticaban un hierbajo como si fueran auténticos *cowboys*.

11. A LOS QUE SABEN QUÉ DECIR PARA HACERSE INVISIBLES

En el macuto no había ni dinero ni armas ni drogas. Tal vez Anna y Núria se habían arriesgado para nada. La bolsa estaba llenísima de papeles, sobre todo planos y mapas de carreteras y autopistas catalanas, con algunos puntos marcados con rotulador. No supimos encontrar explicación a las incógnitas que escondían esas equis. En la Guarida hubo teorías para todos los gustos. El Rubio, a quien nuestra agencia de detectives le había despertado la capacidad de imaginar todo tipo de complots intergalácticos, defendía que aquellas señales correspondían a las gasolineras donde paraban los furgones repletos de dinero que pasaban, banco por banco, para llenar las arcas.

Ya lo sé, lectores del siglo XXI, hoy hubiera sido muy fácil mirar Google Maps y comprobar a qué se refería exactamente cada marca, situándola en el kilómetro preciso. Pero estamos en febrero de 1992, y nuestros referentes son lo que son. El 28 de julio de 1989, no hacía ni tres años, un vigilante de seguridad había aprovechado la ausencia de dos de sus compañeros para robar casi trescientos millones de pesetas de un furgón blindado de la empresa Candi. ¿Por qué la épica del Dioni, héroe nacional para muchos, no podía ejecutarse, también, desde el barrio?

Una vez más la Biblioteca nos sugirió lo que debíamos hacer. El pergamino que abría el nuevo número, el once, indicaba que el volumen estaba dedicado «A los que saben qué hay que decir para hacerse invisibles».

Volver al Bar Sport era demasiado temerario. Podían descubrirnos. Seguramente estaban buscando el macuto perdido como locos. Aun así teníamos que devolverlo. No podíamos ir a la Revilux, y como quien fotocopia los apuntes de Sociales, pedirle al Dealer que nos hiciera una copia de todo lo que habíamos encontrado. Por eso, entre Anna, Núria, el Rubio, el Cabrero y yo mismo, intentamos calcar lo mejor que pudimos, con papel de cebolla y un Rotring (para los niños de periferia tener un Rotring era como tener una Montblanc), algunos de los mapas. Y, respetando a ojo cada escala, situamos los puntos de referencia que estaban señalados.

Aquellos planos elaborados a mano fueron los papeles que nos trajeron más problemas cuando acabó toda esta historia. También ahí, frente a nuestros padres y la policía, fue difícil encontrar las palabras exactas para hacernos invisibles.

Abusamos, una vez más, de la confianza y de la complicidad de Eva. Le dijimos que para entrar con todas las de la ley en el grupo, para que pudiera ir y venir de la Guarida siempre que quisiera, como, ahora sí, una más de la agencia de detectives Scooby Doo, tenía que devolver el macuto a su padre sin que éste se diera cuenta. Era evidente que no lo podía hacer en el bar.

Demasiados ojos atentos en el lugar. Debería dejarlo en casa, debajo del primer macuto. Tal vez el Urraca, por miedo o por orgullo, aún no le había contado al Amable que había perdido la segunda bolsa. Tal vez el Urraca pensara que, por los efectos de la borrachera de ese día, se había confundido.

Eva nos miró. No dijo nada. Se llevó la bolsa. Y no nos atrevimos a preguntarle, después, qué había hecho exactamente con el macuto, cómo había conseguido engañar a su padrastro. Lo único importante era que nuestro intrépido hurto no había tenido consecuencias para ella.

—Salud, compañeros —dijo Gabriel al entrar en la papelería Revilux, realizando su particular coreografía con las manos enlazadas en lo alto.

Cada vez que hacía ese gesto, *Bakunin* movía la cola con más intensidad.

Gabriel era el único tipo del barrio capaz de comprarse tres periódicos cada día. Por lo que sabíamos, llevaba una vida austera (jamás nos invitó a su casa, y jamás pudimos comprobar hasta qué punto era austeridad o síndrome de Diógenes lo que había allí dentro), y los únicos gastos irrenunciables que mantenía eran las frutas con las que parecía subsistir (pelaba con su navaja de Ockham meticulosamente las naranjas, las manzanas y los melocotones), la comida de *Bakunin* y la prensa que adquiría en la Revilux.

Fuimos a la Guarida y Gabriel empezó a leer en voz alta, indignado, las declaraciones autocomplacientes de un tal Juan Antonio Samaranch. Nosotros sabíamos quién era. Fue él quien había anunciado que Barcelona sería la sede de los Juegos Olímpicos. Aparecía todo el día en televisión, con su cabello cano peinado hacia atrás. Periodistas, políticos y deportistas de élite no paraban de repetir ante las cámaras que sin la gran influencia del presidente del COI el milagro no hubiese sido posible. Llamaban milagro a una competición que, según ellos, cambiaría hasta el último rincón de la ciudad para siempre. De rincones, estaba claro, no sabían demasiado.

Gabriel lucía una elegancia sobria, parca, frugal. Creo que fue la única vez que le escuchamos pronunciar en voz alta un insulto. Como si se tratase de una traducción simultánea, leía la palabra «Samaranch» e, ipso facto, decía «hijo de puta, hijo de puta». Y seguía con el diario.

Aunque le preguntamos, nunca nos desveló los motivos de esa profunda e íntima inquina. Ofrecía tan sólo palabras y frases sueltas, como si hubiese perdido la capacidad de hilvanar un discurso con sentido completo. Deletreaba la palabra *aluminosis*. Y añadía: ni un mísero centro médico, ni cañerías en condiciones, ni escaleras para los viejos, ni una triste parada de metro. Sólo barro. Decía, *sólo barro*. Y volvía a repetir la palabra maldita. *Aluminosis*. A. Lu. Mi. No. Sis.

Hoy, veinticinco años después de «las mejores Olimpiadas de la historia moderna», fecha clave para encender el neón de la marca Barcelona, que apagaría asimismo muchos de sus ángulos muertos, Samaranch es recordado como un prócer de la ciudad. Su funeral, en abril de 2010, se celebró en la catedral. Y su cadáver fue expuesto en el Palau de la Generalitat. En el libro de firmas nadie se atrevió a escribir que fue él quien, como presidente del consejo de administración de Urbanizaciones Torre Baró S. A. (fundada por el financiero Enrique Banús), levantó, a partir de 1963, su gran proyecto especulativo. El mismo que ahora recorro con mis pies. Tampoco nadie contó, ni entonces ni ahora, que fue el 4 de octubre de 1967 el día que entregó el barrio de Ciutat Meridiana al alcalde José María de Porcioles. Sin ninguno de los servicios prometidos. Fue así como este antiguo jugador de hockey sobre patines, y político franquista, aprendió cómo funcionaban los negocios inmobiliarios. Y aprendió, también, qué decir para hacerse invisible. Saliendo en todas las portadas. En medio de la multitud. Como el Dioni cuando se fugó al Brasil.

12. LA TRAVESÍA DE LAS ANGUILAS

En el número doce de la Biblioteca leímos que las anguilas, cuando cumplen la misma edad que nosotros teníamos entonces, aproximadamente, cambiaban de color y emprendían un largo viaje hasta el mar de los Sargazos, en el océano Atlántico. Esas amarillas y vulnerables serpientes de agua, de repente, pasaban a ser bellas leontinas de plata, capaces de recorrer más de cinco mil kilómetros durante los diez meses que suele durar su misteriosa travesía.

A nosotros no nos dejaban salir del barrio, pero, poco a poco, comenzamos a escaparnos en breves expediciones de un solo día.

Entre todos recolectábamos lo que costaba un bono de autobús, y a primera hora nos subíamos al 62, en la parada que aún existe donde arranca la calle Rasos de Peguera. Es ésa la puerta principal del barrio, si entras desde la carretera principal. Una puerta en forma de uve que pasa por debajo de las vías del ferrocarril.

El 62 era, pues, nuestro mar abierto. El bono, en forma de lengüeta, se introducía en una máquina que daba un mordisco al cartón por cada trayecto y usuario. El conductor nos miraba por el retrovisor para que no hiciéramos trampa. A veces pasaban los revisores y, con un artificio parecido a un cortaúñas, volvían a agujerar nuestro billete de diez viajes. El autobús recorría la avenida Meridiana, atravesando, como un barco rompehielos, los barrios de Trinitat Vella y Trinitat Nova. Las Trinis. Cuando veíamos a lo lejos la estación de tren de Sant Andreu Arenal, apretábamos el botón rojo, colocado en una de las barras que servían de agarraderas. Así el conductor sabía que tenía que detenerse en la siguiente parada. Justo enfrente del Hipercor.

Hipercor. Sólo escuchar ese nombre un escalofrío te electrificaba la columna vertebral. Habíamos sido testigos de cómo nuestros padres, el 19 de junio de 1987, se habían quedado petrificados ante el televisor tratando de tapar con sus manos lo que los ojos se negaban a ver.

¿Recordáis qué estabais haciendo justo cuando los aviones derrumbaron las Torres Gemelas? ¿El momento en el que pusisteis el televisor y toda la familia se quedó sin saber qué decir, simplemente balbuceando?

Aquella sensación, que para muchos fue indescriptible, nosotros la habíamos experimentado ya, muchos años atrás. Cuando ETA entró en nuestras vidas.

El Comando Barcelona, formado por Ernaga, Troitiño y Caride, aparcó un Ford Sierra azul, robado poco antes, en el garaje de los grandes almacenes. A las cuatro y diez minutos de la tarde hicieron explotar todo el amonal que habían instalado en el vehículo. Una enorme bola de fuego irrumpió en el establecimiento. Aquello subió con la violencia de un descomunal géiser de muerte. El humo y los gases tóxicos hicieron el resto. Murieron veintiuna personas, y cuarenta y cinco

quedaron gravemente heridas.

La mezcla explosiva del Hipercor, a la que el comando había añadido cien litros de gasolina y decenas y decenas de escamas de jabón y pegamento, tuvo los mismos efectos que el napalm. La carga se pegó en los cuerpos de las víctimas, cuya temperatura llegó a superar los tres mil grados centígrados.

¿Os acordáis, ahora, de aquella niña quemada y sin ropa de la guerra del Vietnam? ¿La de la foto de Nick Ut que le valió el Pulitzer?

A aquella niña vietnamita la teníamos cerca. Pero en su caso no sobrevivió. Se llamaba Susana. Vivía en Ciutat Meridiana y tenía catorce años. Era la primera vez que iba al Hipercor. Había sacado buenas notas. Su madre, María del Carmen, le prometió que le compraría un bañador nuevo. Lo estrenarían el próximo fin de semana en el camping al que solían ir, donde tenían una caravana. Con ellas estaba Sonia, la hermana de Susana, tan sólo dos años mayor. Aún no habían ni bajado del coche. A las tres les alcanzó la onda expansiva. Sus cuerpos rígidos y ennegrecidos, cuerpos calcinados por el odio más absurdo, tiñeron de ceniza los rostros de los vecinos que seguían, perplejos, las noticias de última hora.

Conocíamos a Susana y a Sonia porque ayudaban a su padre, Álvaro Cabrerizo, en el primer videoclub del barrio, que había montado con la indemnización que le dieron tras un accidente laboral. Allí alquilamos, en VHS, las películas de Freddy Krueger, o las cintas de *E.T.* y *Batman*. Las cosas marchaban bien para los Cabrerizo. Pero la persiana bajada del local, aquella tarde, alertó al padre. Algo terrible tenía que haber pasado para que no hubiesen abierto. Nadie respondía al teléfono de la tienda.

En mí han quedado impregnados esos recuerdos tan extrañamente cruzados; la niña vietnamita del napalm, el mundo entero viendo en bucle los atentados de Nueva York, y Susana y Sonia atrapadas dentro del *parking* del Hipercor. Tal vez mirando cara a cara a la muerte, desde la ventanilla trasera de su coche azul, un azul índigo y fatal. La memoria, frágil e indomable como un pez de argento, asocia arbitrariamente las imágenes del espanto. Instantáneas que no pueden ser capturadas por las palabras, siempre demasiado superficiales, demasiado predecibles. Nos quedamos sin palabras, decimos. Y son ellas las que se quedan sin nosotros.

Aquel domingo, el 62 nos dejó en la puerta del Hipercor. Nunca quisimos entrar. Miramos en silencio el acceso al garaje, su friso blanco lleno de triángulos. Hasta que el semáforo se puso en verde, y cruzamos hacia la zona norte. En apenas unos minutos llegamos al Canódromo.

El Rubio, el Cabrero y yo habíamos convencido a Gabriel para que nos acompañara, pese a que detestaba las carreras y las apuestas. Así podíamos entrar con un adulto. Los ladridos de los galgos, hermosos y atléticos animales de veinticinco kilos, se oían desde afuera. El suelo estaba repleto de boletos desechados. El edificio, de dos plantas, reconocido con el premio FAD de arquitectura, se había levantado en los terrenos de una antigua fábrica agrícola. La pista tenía 315 metros de longitud. Los espectadores se refugiaban de la lluvia y el sol bajo una cubierta parabólica.

Lo que más nos gustaba, al llegar, era ir a la cabina del *speaker* y escuchar cómo anunciaba las carreras. Acto seguido, los perros, con su correspondiente dorsal, hacían un paseíllo ante el público, antes de que comenzara la competición. Todos aplaudíamos con auténtica euforia.

—Gabriel, apuesta por nosotros. *Ítaca IV* ganará. Fíjate en su mirada.

El viejo ácrata refunfuñaba. Pero apostaba lo mínimo para tenernos contentos. Nunca hubiera

aceptado si no hubiese comprobado cómo al acabar cada carrera, los cuidadores, ganaran o perdieran, masajeban y acariciaban al perro.

Frente a la taquilla para las apuestas había una galería con retratos de los campeones de anteriores ediciones del Derby Galguero Español, la competición más importante del país. Entre los canes míticos sobresalían las fotos de *Tucksy*, *Galonera* y *Garnie's*.

La falsa liebre, que se desplazaba por un raíl de acero, estaba dirigida mecánicamente por un operario desde la torre de observación, y era perseguida con furor por los galgos, entrenados durante meses para intentar atraparla.

Ítaca IV parecía un dálmata, era un bello galgo blanco lleno de manchas negras que trotaba como si fuera un canguro, poniendo toda la fuerza en sus patas traseras. Llevaba el número cinco. En cuanto se abrió la jaula, todo el mundo pudo comprobar que era un firme candidato a la victoria. Pero eran seis los perros que intentaban llegar primero a la línea de meta.

—¡Vamos *Ítaca IV*! ¡Corre, corre! ¡Un poco más!

El Cabrero gritaba como un poseso. Y el Rubio no podía parar de reír, histéricamente. Gabriel se hacía el circunspecto, aunque también disfrutaba, viéndonos a nosotros. Quién sabe si no se imaginaba a *Bakunin*, necesariamente más concentrado que de costumbre, disfrazado de gimnasta y vistiendo su propio dorsal.

Si bien *Ítaca IV* era muy veloz, parecía que nunca sería capaz de alcanzar al número dos, un galgo gris y musculoso que corría sin necesidad de respirar. Hasta los últimos tres metros. El instinto cazador de *Ítaca IV* le hizo acelerar de una manera incontestable. Ganó la carrera por escasos centímetros, y en las gradas se escucharon, al mismo tiempo, las ovaciones y los abucheos. La *foto finish*, que los organizadores mostraban en pocos minutos, gracias a un precario sistema propio de revelado, no dejaba espacio para la duda.

Los cuatro nos abrazamos y saltamos como si nos fuera la vida en aquello. Cómo podíamos saber que Fábio estaba tan cerca, pasándolo realmente mal.

Nadie se hacía rico en el Canódromo. Con lo que ganamos, compramos bocadillos y refrescos en el bar, y dedicamos el resto del día a ver una carrera tras otra. Gabriel se negó a apostar otra vez. Insistimos. Nos hicimos realmente pesados. Pero él, como si tuviera un buscador incorporado en su cabeza, volvió a refugiarse, al igual que siempre hacía cuando se sentía acorralado o aburrido, en las *Investigaciones* de Wittgenstein:

—Un niño debe aprender muchas cosas antes de poder disimular. Un perro no puede ser hipócrita, pero tampoco puede ser sincero.

Nada que alegar. Con *Ítaca IV* ya habíamos experimentado el sabor del triunfo. Antes de que anoheciera, regresamos a la parada del 62, justo enfrente del Hipercor. Subimos al autobús. En silencio.

En media hora entrábamos de nuevo en el barrio. El último tren chirriaba encima nuestro. La primera travesía que hacíamos juntos había terminado con un considerable éxito. Nadie se acordó de qué les pasa a las anguilas cuando llegan a su destino.

Aquel día, Jaime, *el Cabrero*, llegó a casa en un momento poco apropiado. Yo no puedo explicar con precisión lo que encontró allí porque, por mucho que me esfuerce, nunca seré un narrador omnisciente. Pero su padre había comenzado a superar, gracias a una adorable vecina, y a los espasmos imposibles del deseo humano, el duelo por la muerte de su mujer, fallecida hacía

cuatro o cinco años.

Es Aristóteles quien, incapaz de hallar una explicación racional al sistema reproductivo de las anguilas, afirma que se trata de un animal que nace de las «entrañas de la tierra», y que se forma por generación espontánea en la humedad del fango. También Freud se obsesionó con la sexualidad del leptocéfalo. En una de sus primeras investigaciones, el psicoanalista llegó a abrir en canal cuatrocientos ejemplares, viscosos y carnales, sin descubrir ni un rastro de los testículos del animal. Tampoco había huevas en el cuerpo de esa serpiente díscola.

Jaime sí vio el cuerpo galvánico de su padre, las arterias escondidas en cada músculo, las anguilas nadando entre epidermis y epidermis y la espalda guitarresca de la amante, silueta de seis cuerdas.

De madrugada, alentado por el silencio de Vallbona, el Cabrero se levantó y fue retirando, una a una, todas las fotografías de su madre que había enmarcadas por la casa. Estoy seguro de que aún están, así, esas molduras vacías. Si le preguntara hoy, cuando lo vea en el Barranco, me diría que ésa es la mejor foto de familia que recuerda.

Aquel día, Juanito, *el Rubio*, llegó a casa en un momento poco apropiado. Yo no puedo explicar con precisión lo que encontró allí. Nunca seré un narrador omnisciente. Pero su padre lloraba desconsoladamente. La madre, temblando, abrazaba a ese osezno, entre azul y rojizo, asustado por lo que estaba a punto de llegar.

No fue hasta principios del siglo XX cuando el misterio biológico de las anguilas comenzó a tener algo de sentido. En 1920, el oceanógrafo Johannes Schmidt se dio cuenta de que las anguilas, después de pasar toda su vida deambulando por los ríos de Europa, se sumergen en el agua salada para hacer su último viaje. Diariamente, durante unos diez meses, nadan hasta cuarenta y siete kilómetros. Vengan de Noruega o Grecia, no se detienen hasta que llegan a la misma zona en la que nacieron. Es entonces cuando se produce el desove. En las aguas tranquilas del mar de los Sargazos un exclusivo cóctel, formado por huevas y carga seminal, logra la alquimia necesaria para liberar la nueva generación.

«En los mismos ríos entramos y no entramos, pues somos y no somos los mismos», dice Heráclito. Muchas anguilas, que sufren hasta dos metamorfosis antes de convertirse en ejemplares adultos, no llegan a ver nacer su futura descendencia. En el camino sufren la depredación de atunes, tiburones y ballenas. Algo así le había empezado a pasar al padre de Juanito, que, al ducharse, vio cómo su torso y sus extremidades se habían teñido de unas extrañas y horribles manchas, primer síntoma de una vasculitis que complicaría, en poco tiempo, sus ya graves problemas de hipertensión.

Juanito tuvo que aprender demasiado pronto que la tradición no se hereda, se conquista.

Aquel domingo, Fábio, el Gitano, llegó a casa en un momento poco apropiado. Yo no puedo explicar con precisión lo que pasó allí. Nunca seré un narrador omnisciente. Pero su padre le esperaba en la caravana con ganas de molerlo a palos.

Aristóteles defiende que las anguilas acaban moviéndose como los hombres que caminan encorvados. Alternan lo cóncavo con lo convexo. Si el hombro derecho se dirige hacia delante, la cadera izquierda se inclina hacia atrás. Así construyen su particular baile la larva y el resignado.

Fábio no era una cosa ni la otra. Y por eso desobedeció las órdenes de su padre de que nunca, bajo ninguna circunstancia, tocara su acordeón rojo en ningún lugar que no fuera el semáforo que

él le había asignado, justo antes de entrar al barrio.

Aunque parezca increíble nadie ha pescado una anguila adulta en mar abierto. Los expertos no han encontrado ninguna explicación a su habilidad para sortear las redes cuando van rumbo al Atlántico. Es verdad que de día nadan en aguas profundas, de hasta cuatrocientos metros, pero otros peces, incluso más pequeños, son capturados sin demasiados problemas.

A Fábio lo capturaron antes de las nueve de la mañana. Había cruzado, como nosotros, los barrios de Trinitat Vella y Trinitat Nova hasta llegar al semáforo de enfrente del Hipercor. La Guardia Civil debió de retenerle justo antes de que pasáramos por allí en dirección al Canódro. Claro que no nos contó nada. Pero sabía que ésa era una arteria de la ciudad por la que pasaban centenares de coches. Allí, en una sola mañana, podía conseguir decenas de monedas más que en la curva que su familia había elegido para que desplegara sus habilidades musicales. Los policías simplemente lo identificaron. Pero el clan que controlaba la zona, y con el que el padre ya había tenido problemas antes, consideró aquella intromisión como una grave agresión a un pacto que Fábio ni siquiera conocía.

La tradición no se hereda, se conquista. Por eso, a los pocos minutos de nacer, las anguilas tienen que empezar a nadar para deshacer el largo trayecto que sus progenitores acaban de realizar. Algunos, a eso, le llaman querencia.

13. ENCAJES EN EL CAMPO

Por fin la vida se hacía fractal.

Núria, la niña rubia, mortal y rosa, se estiró entre los zarzales. Nos habíamos escapado a las inmediaciones de la Font Maragall. Las palabras que intentaban detenernos (el paisaje también nos adoctrina) se presentaban llenas de moralina cristiana: girábamos como derviches entre la *maleza* y el *follaje*. Pero ahí estábamos, intuitivamente libres, construyendo, entre carcajadas nerviosas, nuestros juegos de lenguaje.

La goma de las braguitas blancas, coronadas con un lazo imperfecto, le habían dibujado en su carne trémula un acueducto. Con las mismas arquerías que estábamos viendo justo encima. El aljibe verde, los puentes de tégula, el sifón invertido, el recorrido azul y subterráneo. Y, súbitamente, el arrebató de un erizo inesperado, toda la embocadura del mar y de la celebración. Exhaustos, estiramos los brazos en un balneario recién inaugurado. Bajo la pasarela de agua del barrio, que sigue conectándonos con la naturaleza ebria que desde entonces somos.

En la Guarida, días después, fue Gabriel quien se animó a leer un fragmento de la Biblioteca. Estábamos todos. Eva quería saber cuál era el siguiente paso para desarticular la Banda (y así apartar al Urraca de su terrible cotidianidad), pero mientras leíamos a los Jóvenes Castores todo quedaba momentáneamente en suspenso. Leer quería decir estar atentos a las señales. Allí encontraríamos, lo creíamos realmente, la fórmula para desenmascarar el mundo. Y, por lo tanto, también a todos nuestros enemigos.

—Hilos sutiles y finísimos se extienden por encima de los prados, sobre los arbustos, entre los troncos de los árboles.

Gabriel leyó el capítulo entero. Núria, criatura de hoyuelos y caricias, me miraba entre ruborizada y desafiante. El ácrata con nombre de arcángel seguía con el salmo, que en su voz se transformaba en manifiesto libertario.

—Parece como si una rueca mágica hubiera pasado por el bosque, por los prados, tejiendo delicadísimas telas. Más tarde, el rocío de la mañana ha dejado prendidas entre los hilos sus minúsculas perlas, completando de este modo el efecto mágico, casi fantasmagórico, de este fenómeno, que en algunos lugares se llama «los hilos de la Virgen».

Los hilos de la Virgen, decía. Ay.

Anna miraba a Núria y, de repente, lo entendía todo. Su extraña y tímida alegría. Su hilaridad contenida. Le golpeaba repetidamente con la mano abierta su hombro, quejándose por no haber compartido la confidencia. Nadie soporta lo radicalmente subversivo de la discreción.

El texto acababa diciendo que muchas veces esas telarañas son tan numerosas que los campos y los jardines parecen cubiertos por finos encajes. Y que en muchos lugares los campesinos creen

que los «hilos de la Virgen» presagian el buen tiempo.

—¿Alguien ha visto a *Bakunin*? —interrumpió, algo preocupado, Jaime el Cabrero.

14. EL SECRETO DEL SABUESO

Bakunin se había esfumado.

La peor expresión del desvalimiento transformó la mirada de Gabriel. Tenía miedo, y llamaba a su perro con verdadera angustia. Lo intentamos tranquilizar, pero la calavera del viejo que comenzaba a ser se impuso frente al perfil del tenaz y enérgico rebelde que todos conocíamos. Como un palimpsesto que enseña su capa escondida. La vulnerabilidad del anciano, horrorizado por la soledad que le esperaba, y por la idea de vivir sin su inseparable compañero, se filtró en forma de un rostro nunca revelado hasta ese momento. Era como esos cromos que, al zarandearlos, muestran una misma cara en distintas posiciones.

La autoorganización y el apoyo mutuo son la base de toda comunidad que aspire a devenir algo más que una suma de individuos. Eso nos había dicho muchas veces Gabriel. Y así lo hicimos. Núría y Anna se comprometieron a rastrear la parte más baja del barrio, la zona de la plaza Roja y el mercado. El Cabrero y Fábio buscarían por el Barranco y comprobarían que el can no hubiese cruzado el nudo de carreteras (ése era nuestro gran temor) hasta llegar a la colina de Montcada, frente a la fábrica de cemento Asland. Eva fue con Gabriel a mirar por los alrededores del campo de fútbol, por donde solían pasear con *Bakunin* cada mañana. Juanito y yo nos pateamos Can Cuyás.

Al cabo de tres horas nos reunimos en la Guarida, entre el agotamiento y la desesperación. Nadie había encontrado la más mínima pista. *Bakunin* nunca se había escapado antes, y apenas se alejaba de su dueño (Gabriel nunca hubiese utilizado esa palabra, *dueño*, para describir la relación con su perro). Alguna vez había salido corriendo por el ruido ensordecedor de un petardo. Odiaba, como todos los perros, la verbena de Sant Joan. Pero nunca se marchaba demasiado lejos. Esta vez se había evaporado desde el silencio más absoluto.

El Rubio decidió acercarse a la Revilux para recoger el número catorce de nuestra Biblioteca, que como siempre ya teníamos encargado, y para comprarle al Dealer nuevas reproducciones de su amada y acrobática Bulma. Las imágenes subían cada vez más de tono, y la brillante científica que el personaje también era estaba, ahora, investigando las potencialidades de la anatomía humana junto con el Maestro Tortuga. Juanito no tenía demasiado dinero, pero el Dealer le animaba para que se gastara más. La tentación, decía, no siempre vive arriba. A veces está debajo del mostrador.

—Las tengo a todo color. En blanco y negro te estás perdiendo la evolución de la cosa, chico.

Y es que Bulma, la auténtica *heroína* (siempre intentamos rescatar esa palabra hacia una orilla menos terrorífica) de la serie manga, amiga de Goku, era un auténtico Gregorio Samsa. Cambiaba de peinado con la misma facilidad que, en las fotocopias clandestinas de la Revilux, cambiaba de

postura sexual. Cuando el Rubio conseguía pagar las fotocopias en color, veía cómo su cabello había pasado del celeste al turquesa o al púrpura. Por eso nos burlamos de él cuando nos contó que a su padre le habían diagnosticado el síndrome purpúrico, una suerte de vasculitis que le teñía el tobillo de pequeñas manchas.

—La fascinación por el púrpura os viene de familia.

El Rubio tardó en regresar a la Guarida. Tal vez había tenido que pasar por casa para conseguir más dinero, y adquirir así las fotocopias de más calidad, o tal vez había estado largo rato negociando con el propietario de la Revilux. El hecho es que cuando llegó no lo hizo solo.

A su lado venía *Bakunin*. Con sus orejas de pastor alemán absolutamente encogidas, mirando al suelo, como si hubiese cometido el peor de los magnicidios. La cola la tenía muy rígida, colocada entre las piernas, y soltaba unos breves e intensos *quejíos* flamencos. Como pidiendo perdón y piedad. Llevaba el lomo pringoso. Le habían lamido todo el cuerpo. Sin duda su ausencia se debía a un escarceo amoroso.

Gabriel se mostró arisco con él. Quería transmitirle una indiferencia que nadie, ni siquiera el perro, podía creerse. Núria cogió un cubo y, con el agua de una fuente cercana, bañamos a *Bakunin*. Su instinto de sacudirse para secarse, herencia de sus antepasados salvajes, y su divertida impericia, constituyeron el paso definitivo para la reconciliación entre ellos.

Un perro no puede ser hipócrita, pero tampoco puede ser sincero, le recordamos a nuestro recuperado ácrata.

—¿Ahora ya podemos ocuparnos de lo nuestro? —reclamó Eva.

Lo nuestro era, evidentemente, encontrar la prueba definitiva para que el Bar Sport dejara de ser una incógnita sin descifrar. ¿Qué tramaban el Amable y el Urraca?

El Rubio, para consultar nuestro oráculo en forma de fascículo, abrió la bolsa de plástico que el Dealer le había dado. Se le cayeron algunas fotocopias que recogió rápidamente. Todos hicimos como que no nos dábamos cuenta. En tiempos de crisis de certezas y dogmas, ¿qué sería de nosotros sin las metáforas y sin los vicios?, nos diría, después, Vázquez Montalbán.

En el número decimocuarto de la Biblioteca encontramos los requerimientos indispensables para convertirnos, ahora sí, en auténticos detectives. Eran las mismas indicaciones que necesitamos para escribir, o para sobrevivir, siempre que uno no se conforme con ser un autómata.

Los pasos a seguir estaban marcados en negrita. Primero, observar. Segundo, no fijar el plano. Tercero, deducir. Cuarto, sacar conclusiones.

Observar quiere decir acostumbrarse a percibir los detalles de un solo fognazo. Sin mirada no hay mundo. Sin mirada no hay, tampoco, infancia. Muere el niño que hemos sido cuando muere nuestra mirada creativa y desacomplejada. Cada color, cada forma, cada tono de voz importa. En la anécdota está la encarnación de la hipótesis. No hay hipótesis sin cuerpo. Un cinturón, una bufanda roja, un chaleco, una gorra de la SEAT.

Dicen los J.G.C. (Jóvenes y Gallardos Castores) que no hay que fijar la mirada «para no ofender a nadie» pero, sobre todo, para que el sospechoso no nos descubra. Lo fundamental es deducir. Separar el trigo de la paja. Hay que ir alejando detalle por detalle de su conjunto, descontextualizarlos, para después volverlos a reunir de nuevo. El cinturón del Urraca ponérselo al Alemán, la camiseta del Alemán, al camarero, la forma de caminar de uno, colocársela, imaginariamente, al otro. Hasta que la bombilla se encienda. Clack.

Fijémonos en los anuncios. El póster que ocupa la puerta principal del Bar Sport es la carta de

helados Frigo. Aún no ha llegado la primavera, pero da igual, todo el año está allí. La división no es arbitraria. En la parte de abajo se sitúan los más baratos. El Popeye (naranja o limón) cuesta 30 pesetas. Al lado, de izquierda a derecha, están el Mini Milk (40 pesetas) y el Drácula (55 pesetas). En los pisos de arriba encontramos ya el Twister (65 pesetas), el Calippo (70 pesetas), el Frigo Pie (60 pesetas) o el Super Choc (85 pesetas). En la gama alta (pocas veces los cataremos) posan el legendario Negrito (130 pesetas), todas las modalidades del Cuore (115 pesetas) y, arriba del todo, los Fresh (tanto el de kiwi como el de limón valen 115 pesetas). En el vértice, en la parte noreste de este mapa, vemos el logo impreso sobre cinco franjas rojas. Eso sí que es una heráldica.

—Tardaremos años en descubrir algo con esta mierda de sistema —se queja Eva.

—Los detectives, investigadores, exploradores y científicos somos el resultado de indispensables investigaciones, búsquedas y descubrimientos —defiendo yo, sin demasiado convencimiento, siguiendo las instrucciones y argumentos de la Biblioteca.

—Hay algunos helados que están tachados. No les queda el Calippo de lima-limón —añade el Cabrero.

—Y eso significa que... —se desespera el Rubio.

—Eva tiene razón. ¿Qué vamos a averiguar simplemente haciendo listas de lo que hay en el bar?

—Aquí dice —y muestro el capítulo de la Biblioteca— que aislemos los detalles de su conjunto.

—Recortemos la silueta del Negrito, si quieres, y la pegamos en el cartel de al lado. A ver qué pasa —bromea Anna.

Y eureka. Hago el ejercicio visual. Recorto mentalmente el helado, lo convierto en un muñeco de papel troquelado, y lo arrastro, como si tuviera un iPad antes de que existiesen, a través de la puerta de cristal. El cartel de al lado, ahora me doy cuenta, dice literalmente que no se aceptan pagos con Visa. Nunca nos habíamos fijado. Está escrito a mano, con rotulador. Y junto a él han dibujado una tarjeta de crédito, con una equis encima. El blasón de lo prohibido hecho a boli.

—¡Vaya basura de deducción! ¡En la mayoría de bares del barrio no se puede pagar con tarjeta! —exclama, encolerizado, el Rubio.

—Pero seguro que ninguno tiene tantos datáfonos detrás de la barra —añade, medio sonriendo, Gabriel, quien ya hace varias semanas que se ha unido del todo a nuestras pesquisas.

15. EL ABANICO Y EL BORDILLO

Y será Gabriel quien dé ahora el paso al frente.

A Eva no le podíamos exigir más de lo que ya le habíamos pedido. Y el camarero, el Amable y el Urraca comenzaban a conocernos demasiado después de nuestros anteriores espectáculos y expediciones. Sólo Gabriel podía infiltrarse en el Bar Sport e indagar sobre si lo que habíamos descubierto tenía sentido o no.

Meter a Gabriel en un bar mugriento, tarde sí y tarde también, suponía un verdadero castigo para él. Visto con perspectiva, hoy, es evidente que aquel hombre nos tenía un afecto incommensurable. Seguramente nos quería agradecer la ayuda en la búsqueda de *Bakunin*. O, quizá, comenzaba a sospechar que lo que le habíamos contado sobre la Banda podía resultar algo más que simples elucubraciones infantiles. ¿Por qué demonios tenían tres datáfonos si allí no se podía pagar con tarjeta? En aquella época, por otro lado, tampoco era tan habitual tener ese tipo de dispositivos.

—El chucho, fuera —dijo despectivamente el camarero.

El primer problema asomaba antes de comenzar. No dejaban entrar a *Bakunin*, y eso hizo que Gabriel estuviera a punto de desistir. Además, odiaba tener que pasar tanto rato sentado entre esa gente, cuya corralidad se fundaba, cada vez más, en una halitosis compartida. Ducados y quintos. Carajillos. Sudor rancio. Televisión a toda pastilla. Un ambiente muy acogedor para alguien que no soportaba estar entre cuatro paredes. Pero lo intentó.

Todos los números de la Biblioteca dedicaban una parte final a los deportes. Nosotros habíamos escuchado esa expresión, «el abanico y el bordillo», en las crónicas de ciclismo de Televisión Española. Pero, aunque intuíamos que era algún tipo de estrategia por equipos, no entendíamos a qué se referían exactamente los periodistas especializados.

En ese fascículo, leímos que el abanico se forma cuando los corredores se juntan para cortar el viento que les azota transversalmente, al igual que lo hacen las aves migratorias. El corredor que recibe el viento, añadirá la Biblioteca, efectúa un relevo de 200 metros y, acto seguido, se coloca en última fila. Siempre manteniendo esa línea perpendicular. El bordillo es, a su vez, la prolongación lateral del abanico, formado, eso sí, por los corredores que no han encontrado sitio en la cabeza del pelotón. Dibujan una fila india al lado, y, por lo tanto, no están protegidos del viento. Es sin lugar a dudas el peor sitio. Por eso la expresión «hacer el bordillo» significa encontrarse en la zona menos privilegiada.

Lo que nosotros le pedíamos a Gabriel era que, desde el primer momento, intentara reservar un espacio que lo posicionara en el abanico. En el abanico del bar. Que detectara la hora adecuada para llegar al local y ocupar una silla y una mesa que, luego, le permitiera escuchar las

conversaciones. Todos conocemos la fuerza de la costumbre, la más primitiva y la más conservadora de nuestras querencias. Cuando alguien escoge un lado de la cama por primera vez es muy probable que se convierta en el definitivo. Lo mismo pasa el primer día de clase. Te sientas en cualquier sitio, y el resto del año lo pasas allí. Los roles familiares pueden descifrarse con un simple vistazo si observas con atención en qué lugar se sientan, una vez puesta la mesa, el padre, la madre, la suegra y los hijos. El sofá es una instantánea translúcida. A veces somos abanico. La mayoría de ocasiones, bordillo.

El abanico del Bar Sport se formaba frente a su barra de zinc. Una vez que los parroquianos identificaran a Gabriel como uno de los suyos, podría jugar a los relevos, pero siempre tendría reservada, aunque fuera de una manera inconsciente, una de las mesas principales. Poco a poco iría ganándose el sitio. Consumición a consumición.

Gabriel nos escuchaba y suspiraba. Dejaba que desarrolláramos nuestras teorías, surgidas de una libre interpretación de las enseñanzas de Disney, acostumbrado ya a esa manía tan nuestra de incorporar lo que aprendíamos en la Biblioteca a nuestro día a día.

Traducíamos nuestra lectura en cada decisión, en cada movimiento. No es tan estrambótico como pueda parecer. Exactamente así funcionan todas las religiones basadas en un libro sagrado, desde el judaísmo, pasando por el cristianismo hasta llegar al islam. Los creyentes van al campo y ven en un cordero, una paloma, un cerdo o una oveja todo tipo de alegorías y parábolas metafísicas. Nosotros éramos feligreses a partir de un libro (una enciclopedia, en realidad) protagonizado por tres patos (podríamos decir que ésa era nuestra particular *patología*) que, además, se llamaban exactamente igual que nosotros: Jorgito, Juanito y Jaimito.

Y partíamos con otra ventaja. Traíamos al arcángel Gabriel de casa.

—No se puede pagar con tarjeta, ya te lo he dicho.

No funcionó lo obvio, lo sencillo. Allí dentro la navaja de Ockham no servía para mucho. Gabriel estuvo a punto de preguntarle que para qué tenía esos datáfonos, entonces. Suerte que no lo hizo. Se hubiese convertido de manera inmediata en un hostil rival. Lo hubieran enviado mucho más lejos que a la cola del bordillo. Y en la intemperie el viento no golpea sólo desde un único lado.

Se pasó dos meses merodeando por el Sport. No entendía dónde estaba el fraude. Ni una sola vez vio que alguien pagara con tarjeta. El Urraca miraba la televisión y mordisqueaba un palillo. Sólo hablaba al camarero para pedirle que cambiara de canal. El Amable entraba y salía rápido. A veces traía un macuto y lo dejaba allí. A veces, no. Alardeaba de algún coche nuevo. Seguramente robado. Se bebía el quinto. Opinaba poco. Se acariciaba la larga cabellera rubia, como en un anuncio. No hay quinqué que haya gastado tanto en champú acondicionador como él. Y se marchaba. El resto de clientes revoloteaban por el bar a partir de la media tarde, cuando habían acabado la jornada laboral en sus respectivas fábricas. Muchos llevaban aún el mono de trabajo. También había pintores de brocha gorda, fácilmente reconocibles por la ropa manchada. Opinaban de fútbol, de las Olimpiadas, para las que cada vez quedaba menos. Los que no tenían familia se quedaban a cenar algún bocadillo. Una tortilla. Y enseguida bajaban persianas. Durante la noche no se veía luz dentro. No era un lugar de reunión, ni de timbas. Y, sin embargo, los datáfonos seguían allí. O lo que parecía que eran datáfonos.

Gabriel ya habría abandonado la misión. Lo de los datáfonos podía tener mil explicaciones. Por ejemplo, que tiempo atrás sí se aceptara pagar con tarjeta, y que se hubiesen quedado allí, simplemente en desuso. Todo, como siempre, se basaba en saber cómo utilizar la mirada.

—Siento como si pudiera captar la esencia de la cosa solamente fijando mi mirada con absoluta nitidez en el hecho, únicamente enfocándolo bien.

Menudo tahúr estaba hecho Gabriel. Nota número 113. Otra vez las *Investigaciones*. Nos metía Wittgenstein en vena, sin darnos cuenta, como si también él necesitara una religión, un libro sagrado con el que traducir la vida.

A alguien que ya domina un juego resulta estúpido enseñarle las reglas, se repetía a sí mismo, en voz alta. Se aprende el juego observando cómo juegan los otros. Sólo decimos que se juega según tales y cuales reglas porque un espectador ha podido extraer, antes, esos códigos de su mirada.

Nosotros le insistíamos en que, para «observar bien el juego», como él decía, era importante seguir las estrategias del ciclismo. Estar en el lugar adecuado cuando el viento comenzara a soplar a nuestro favor.

Gabriel recordó una historia que alguien le había explicado mucho antes. La Guardia Civil se estaba volviendo majara en la frontera con Andorra. Había un tipo que cada semana cruzaba la aduana en bicicleta y cargando, con la mano derecha, un cubo lleno de arena. Siempre la misma medida. Siempre el mismo cubo. Siempre, claro, le paraban, y siempre le obligaban a vaciarlo. Miraban dentro, exhaustivamente, entre la tierra. Lo cacheaban. Y jamás encontraron nada. Se desesperaron. Creyeron que sólo era un loco. No fueron capaces de extraer sus reglas de juego. No fueron capaces de darse cuenta de que, en cada trayecto, la bici era nueva. El cubo era un truco para domesticar la mirada del funcionario. Luego vendía las bicis mucho más caras de lo que las había comprado, libres de impuestos.

Así se derrota todo un sistema.

Los datáfonos nunca se utilizaban en el bar. Es cierto. Porque el juego era otro. Le pedimos a Gabriel que, como nosotros habíamos hecho antes con el cartel de la puerta, descontextualizara todas las partes del aparato. Que, mentalmente, desmontara el dispositivo. Pieza por pieza. Los botones, el lector, la pequeña pantalla. Y que luego intentara armar (siempre imaginando el movimiento) el puzle de otra forma. En ocasiones un cable estaba mordido. Y en otras, no. En ocasiones tenían un botón central, amarillo. Otras veces era de color naranja. Sólo entonces se dio cuenta de que siempre había tres aparatos, sí. Pero siempre eran distintos.

16. ARBOROSCOPIO

Mayo de 1992. La ciudad ha pasado del entusiasmo pre-olímpico a la histeria colectiva.

Ese ambiente no tiñe nuestras calles imposibles. Han arreglado algo la plaza Roja, que es como nuestra cara hacia el mundo, para que nos saquen la foto de rigor. El Chupa, ese autobús que hace de sherpa por el barrio, pasa con más frecuencia. Han pintado de blanco la pared del mercado. Poca cosa más. Nadie mira detrás de la cortina.

Aun así, los Juegos Olímpicos intentan imponerse en nuestras rutinas. Todos tienen una pegatina de Cobi; en su carpeta, en el coche de sus padres, en el cristal de su ventana. En la Revilux nos regalan, con cualquier cosa que compremos, un póster con los aros olímpicos. Nosotros reciclamos el afiche. Recortamos los bordes. Los aros son, ahora, cinco esposas de colores, dentro de los cuales ponemos las manos derechas (El Rubio la pasa por el azul, el Cabrero por el negro, Fábio por el rojo, yo por el amarillo, y Núrria por el verde). Saludamos desde nuestra prisión de periferia.

Creo que alguien hizo una foto en la que estamos así, mirando a cámara, detenidos. Cuánto pagaría por encontrarla.

Somos más de la Petra, la mascota de los Paralímpicos. Es una niña sin brazos. Libre. Nadie la puede esposar. Cobi está al servicio del *merchandising* más rastrero. Además, nosotros ya tenemos un perro de carne y hueso. *Bakunin* no sabe esgrima ni remo, pero mueve la cola como nadie. Y eructa. Cuando está nervioso, eructa. ¿Cómo superar eso?

El Dealer nos pone todo lo que puede en la bolsa. Chapas, llaveros, cochambres que le han dado gratis las editoriales o el Ayuntamiento. Cuando te regalan un llavero (sea un banco o una institución pública quien lo hace) te están diciendo que nunca tendrás la llave de nada.

Los pobres somos los que tenemos más llaveros.

Con un gesto contundente, digno y sobrio, lanzo mi bufanda hacia atrás. Vacío la bolsa de plástico, tiro la propaganda a la papelería (el libertario, luego nos dirá Gabriel, es aquel que tira a tiempo la propaganda a la papelería de la Historia), y me quedo únicamente con el número dieciséis de la Biblioteca. Cada vez falta menos para acabar la colección, y los lomos de los volúmenes, juntos, ya dibujan una escena. Los tres protagonistas, con sus característicos gorros, sacuden una manta (la verdad es una manta que nos deja los pies fríos), como si esperaran que algo cayera del cielo. Unas Olimpiadas, un nuevo Estado. Siempre se trata de la misma hagiografía, la Tierra Prometida. El mismo relato. Diferentes banderas. Hasta que dure la promesa de triunfo, nadie tirará de la manta.

Lo que necesitamos, en palabras de Zambrano, es celebración sin rastro de triunfo.

En ese número encontramos un horóscopo hecho a partir de diferentes nombres de árboles.

Nos recuerdan que gracias a sus ramas podemos construir nuestras cabañas (esos libros son el ojo que todo lo ve). Buscamos nuestro mes, mayo, y el texto nos habla del roble. En la sierra que bordea la Meri hay robles de todos los tamaños. Dice el texto que este árbol (y, por lo tanto, las personas vinculadas a él) está dotado de una inteligencia metódica. Estas cualidades, nos advierte, pueden derivar en una excesiva dureza si las llevamos demasiado lejos.

«El roble debe pensar siempre que a su sombra puede florecer también el rosal», leemos.

Las sombras, ay. Mirar las sombras significa *asombrarse*. Hemos establecido el método de la deducción, sin dejar respirar a las sombras. El dogma es un herpes que se te mete dentro, una sabandija cautelosa. Viaja por nuestro cuerpo como viajan las anguilas hacia el mar de los Sargazos. Sube por la pierna, se detiene en la ingle, se introduce en el estómago, escala el torso, por la izquierda o por la derecha, hasta que se convierte en una soga que nos rodea el cuello. ¿Quién no ha notado nunca la asfixia de sus propias ideas?

Si esta novela tuviera que tener una banda sonora, la encabezaría la canción «Siempre seré un niño», que Santiago Auserón escribió para *La bola de cristal*. Nos advierte, como sin quererlo, de la tentación del dogmatismo: *No te dejes engañar, / nunca tengas una gran idea. / Una idea es un ruido tan maldito / como el zumbido de un mosquito. / Se oye pero no hay quien lo vea, / mas nunca deja de volar, / se encuentra siempre dispuesto a atacar / y me pregunto cuánto dura / uh oh oh... / ¡el efecto de «esa extraña picadura»! / que dura hasta la eternidad.*

El triunfo de la eternidad.

Una forma de resistencia, para aquel niño que ahora recuerdo cuando paseo por Ciutat Meridiana, era buscar la sombra en todas las palabras. *Asombrar* el lenguaje. Luchaba contra su rotundidad, contra ese roble inclemente que es el diccionario, creando un doble del idioma para cada objeto, para cada cosa. Hay quien dice que el bilingüismo no existe. Puede ser. A mí me llamaban el Catalán, además de porque mis padres me pusieron Jordi, porque dividía cada realidad en dos. Así la ciruela era una fruta roja, tersa y dulce, del tamaño de una pelota de golf. Pero la *pruna*, más pequeña, menos almidonada, era amarilla y ácida. Lo mismo pasaba con la granada y la *magrana*. Con la lubina y el *llobarro*. Con los guisantes y los *pèsols*. Con los melocotones y los *préssecs*. Ya no se trataba, insisto, de traducir el mundo. Era liberar cada palabra de su cautiverio y dotarla de una particularidad, hacerla singular ante la amenaza del individuo. Jamás ha sido lo mismo, nos avisará Josep Pla, un pájaro que un *ocell*. No sólo es una cuestión de musicalidad. Es la toma de consciencia de que todo roble tiene su sombra. Se trata, pues, de estar dispuesto a notar la punzada del rosal.

17. APRETAR LA CORREA

El asombro llega cuando conectamos, de forma consciente o no, partes que parecían totalmente desconectadas. Cuando volvemos al subrayado de un libro, y una frase se transforma en un puñetazo a nuestra más inmediata actualidad. O cuando ocurre algo inesperado, y abandonamos la lectura en un punto cualquiera, y, al recuperar la página y el fragmento, nos damos cuenta de que la existencia está llena de hilos tan invisibles como difíciles de destruir.

El asombro es, también, cuerpo y espasmo. Por eso el azoramiento fue general cuando, después de lo que pasó aquella tarde, regresamos a la Guarida y el Rubio recogió del suelo el fascículo que estábamos leyendo. Lo había dejado precisamente en la página 32, cuando los Jóvenes Castores explicaban cómo apretar las correas que nos vienen grandes, calentando al rojo vivo una aguja, y añadiendo agujeros al cinturón. El brevísimo texto concluye con un sabio consejo: «Como siempre que juguéis con fuego, no olvidéis que el fuego quemara».

El primer coche de policía iba tan rápido que estuvo a punto de volcar en la esquina de Costabona con Agudes, justo en la curva que ha sido el decorado de nuestro hollywoodiense «Benvinguts a Barcelona».

Luego vino otro vehículo, y luego otro. Y luego otro más. Y dos ambulancias. Aún era de día (los días ya se alargaban hasta pasadas las ocho de la tarde), pero el barrio se convirtió en una discoteca de luces estridentes y azules. Las sirenas zumbaban como los antiaéreos de una guerra. La gente empezó a salir al balcón, preocupada. Y se oía ese ruido tan característico que llega cuando se mezcla el temor con la incertidumbre. Es como un cuchicheo colectivo. Nadie se atreve a callar del todo porque el silencio, cuando hay miedo, es aún más perturbador. Pero nadie se atreve, tampoco, a pronunciar una frase entera. No hay espacio para la afirmación. Tan sólo ese murmullo indescifrable. La melodía del *impasse*.

Gabriel estaba con nosotros en la Guarida. Fábio, el Rubio, el Cabrero y yo nos adelantamos. Sin correr. Pero a paso ligero. La policía se adentró en la parte en que la calle Agudes se convierte en un laberinto desordenado de bloques, muy cerca de la Revilux. La gente que ve el barrio desde fuera cree que nos distinguimos entre nosotros por el color de cada edificio. El amarillo, el granate, el naranja. Es, una vez más, un decorado para la postal exterior. Para que nos vean más o menos vivos desde la autopista. Dentro, por donde esos policías se estaban metiendo, todo son tonalidades de gris. Aprendes a diferenciar el azabache del plomo, el ceniza del plata o del pizarra. La policía se detuvo en el bloque gris frío en el que vivía Eva.

Cuando llegamos, el Urraca ya estaba en la ambulancia. Ahora, del murmullo, se podían distinguir palabras sueltas. *Cuchillo. Apuñalamiento. Desangrarse.*

Había policías por todas partes, subiendo y bajando las escaleras. Nos quedamos paralizados,

justo detrás del cordón de seguridad. A Eva no la llegamos a ver. Pero parece que fue ella quien llamó a Emergencias. La madre bajó ayudada por dos enfermeros mucho después, ya esposada. La metieron en el coche, en la parte trasera. Se giró y vimos esa mirada. La mirada que venía de otro mundo, que no estaba ni aquí ni ahora. Una mirada agarrotada. Sin matices. Hasta que nos reconoció a lo lejos. Pegó su cara al cristal. Y ese rostro yerto se convirtió en una sonrisa larga, indescifrable. Una sonrisa que nos aterrorizó a todos.

La versión oficiosa que circuló por el barrio era que el Urraca llegó a casa borracho. Se encontró a la madre de Eva con su amigo, e intentó agredirla. Eva se puso en medio para tratar de evitarlo, y el Urraca comenzó a patearle la cabeza. Hasta que paró en seco. Se llevó las manos a la espalda. Y se derrumbó con un cuchillo de cocina clavado entre omoplato y omoplato. Todo pasó rápido, y tardaron en darse cuenta de que la madre, después de apuñalarlo, se había encerrado en el baño.

Intentaron que abriera. Cuando la policía logró tirar la puerta al suelo, la madre estaba en la bañera, con su cinturón en el cuello. Había tratado de suicidarse. Por suerte, no encontró la forma de apretar suficientemente la correa.

Las sirenas azules abandonaron el barrio entre la muchedumbre. Aún quedaba un mes para las vacaciones de verano, pero jamás volvimos a ver a Eva en el colegio. Dejó los estudios. A los dieciséis años se quedó embarazada. Y se encerró en un pequeño piso en la parte más aislada de Ciutat Meridiana. Cuidando a su bebé. Cuidando lo que interpretó como su segunda oportunidad en la vida. Nunca más nadie la llamó la Meona. Nunca le puso un tutú a la hija que le enseñó a respirar de nuevo.

18. LA CABALGADA FANTÁSTICA

Aquellos días en la Guarida no se habló demasiado de lo ocurrido. El pacto de silencio se sella en silencio.

Gabriel seguía yendo al Bar Sport, haciendo un último esfuerzo para desenmascarar a aquella gente, y nosotros nos centramos en la fiesta de fin de curso que el colegio, al que todos menos el Rubio íbamos, nos había propuesto.

La directora escogió la más famosa escena artúrica. El que luego será rey de Inglaterra saca la espada legendaria, Excálibur, de una roca donde está incrustada desde tiempos inmemoriales. Nunca nadie la ha podido arrancar de allí. A Arturo le ayuda Merlín, el gran mago que, gracias a una barba hecha de algodón y celofán, interpreta el Cabrero. A mí me ha tocado el papel del gran héroe. Núria es la bella Morgana. Fábio hace de Sir Héctor (quien me cuida desde pequeño, según la narración) y Anna se transforma en Kay (mi hermanastro). La cosa tiene cierta envidia, y los padres, invitados a la representación final, observan cómo hemos construido lanzas y escudos de madera, e incluso algunos caballos de papel maché. También la Biblioteca nos ha ayudado con estas tareas.

La escena tiene lugar en el huerto de un colegio público, sin recursos, prácticamente desdeñado por el sistema educativo. Estiro con todas las fuerzas esa espada, pintada de plata, y la levanto como los atletas de las Olimpiadas alzarán su ansiado trofeo. La gente aplaude y Núria, sin que nadie pudiera haberlo imaginado, y saltándose el guion que hemos repasado una y otra vez, se acerca y me da un beso largo y final. Un beso azul y verde, que se contagia del aroma de los nísperos que tenemos alrededor.

El público nos ovaciona. A la madre de Núria ese beso espontáneo le recuerda una de sus secuencias preferidas de *Cristal*. Le cae por la mejilla una inmensa lágrima, como en una instantánea de Man Ray.

Acabada la función, invitamos a las familias a venir con nosotros a Camelot, que hemos situado en el comedor del centro, y donde todos los asistentes nos sentamos alrededor de la Mesa Redonda. Una mesa en la que no existe ningún lugar privilegiado para nadie. Todos somos iguales alrededor de una mesa en la que, definitivamente, desaparece la idea de líder. De rey. De súbdito.

El banquete está compuesto por ganchitos, pinchos de tortilla, triángulos de pan Bimbo y Nocilla. Y por vasos de plástico repletos de Fanta de naranja. Brindamos como si hubiéramos ganado de verdad alguna batalla. La ficción funciona a veces como un auténtico bálsamo. El problema aparece cuando olvidas que es un juego, un juego de lenguaje, en el que tú ya no decides las reglas y los pactos. Cuando la ficción viene de fuera, cuando lo has delegado todo, la propaganda se convierte en un virus que traspasa las pieles más férreas.

En el trayecto que separa el huerto del comedor sacamos unos cocos partidos por la mitad, que hemos conseguido con unos postres muy populares entonces, y los hacemos sonar chocándolos entre ellos. Son los caballos que trotan, tal y como nos han enseñado los Monty Python en su delirante versión de la leyenda.

Nos despedimos así, entre nosotros, con los cocos en lo alto. Como si replicáramos el saludo de Gabriel, cuando enlaza sus manos por encima de la cabeza.

—*Salud, compañeras* —exclamo, mientras se aleja el coche de la madre de Núria, en el que también se marcha Anna, a un exilio veraniego.

La niña rubia, erizo y enigma de la infancia, se gira unos segundos. Me concentro en sus hoyuelos, dos puntos de fuga que van disolviéndose poco a poco. A mi lado derecho tengo a Fábio. En el izquierdo, a Jaime. Ambos me ponen una mano en el hombro. Parecemos, los tres juntos, una pintura desteñida de El Greco. Un triángulo rufián y melancólico.

19. DENTRO Y FUERA DE LOS BOLSILLOS

La infancia pretendía huir así, en coche, vehículo a vehículo, difuminando las últimas miradas. Como si fuera una pista interminable de Scalextric. Pero faltaba la *chicane* más vertiginosa, en la que, en vez de frenar al encontrarnos con obstáculos, todo se aceleraría.

Ha pasado menos de un mes desde lo del Urraca. La policía ha ido atando cabos. Ha registrado la casa de Eva, y ha descubierto más mapas como los que nosotros encontramos en aquel macuto.

Aparecerán de nuevo esas sirenas azules, estridentes, bañando el barrio de apocalipsis y de fiebre.

Ya estamos de vacaciones, y el Rubio, el Cabrero y yo nos hemos juntado, ahora sin nadie más, en la Guarida. Leemos el penúltimo número de la Biblioteca, que intenta sermonearnos (el escepticismo crece junto con la lectura) sobre la importancia de mantener el equilibrio de nuestras finanzas. Aunque en estos momentos sean modestas, un día, nos dicen, dejarán de serlo. Si supieran en qué punto exacto de la ciudad estamos leyendo ese capítulo... Aquí la retórica del emprendedor se avanza a los tiempos, y la gente se gana la vida como puede. Cada semana oímos la armónica del afilador de cuchillos, los vendedores ambulantes que ofrecen sandías y melones a través de los altavoces de la furgoneta, y los gitanos que tocan un pasodoble mientras la cabra sube a su insólita y milagrosa escalera de Wittgenstein.

Al escuchar el zumbido de los coches patrulla pensamos que se trata de un atraco, de una pelea. Pero se han parado allí, enfrente del Bar Sport. La policía entra con todo tipo de *gadgets* militares. Cascos, armas, escudos. Si les pusiéramos unos taparrabos, podrían ser la encarnación de los muñecos del universo He-Man con los que hemos estado jugando hasta hace poco.

El primero al que sacan detenido es el camarero. Mira hacia el suelo. Cuatro parroquianos más acaban en el coche de policía. El último es el Amable, que nos mira a todos los curiosos con el orgullo de quien se cree el capo de la mafia. Lleva puesta su camiseta. La del rayo verde. Pronto sabremos que se trata, en realidad, de un pelele, un mandado, el chico de los recados. Pero en todo eso no podemos pensar demasiado ahora porque, entre los detenidos, vemos a Gabriel. Parece desorientado, pero se enfrenta a los agentes. Hasta que nos ve, a lo lejos. Gritamos. Decimos que él no ha hecho nada. Y comprendemos el significado de la impotencia cuando intenta levantar sus brazos para saludarnos con su habitual gesto. Las esposas se lo impiden.

Lo meten en el coche agarrándolo por la nuca. Las luces azules de la sirena no han parado de girar en ningún momento. Y las patrullas comienzan a circular. En total, siete detenidos.

La muchedumbre de vecinos, fuera, comienza a elaborar todo tipo de teorías. Aquí, en el barrio, no se refuta una teoría con un contraejemplo, sino que en un mismo magma conviven las

hipótesis más variopintas.

¿Y *Bakunin*? ¿Qué será de *Bakunin*? Gabriel tiene una hermana en Córdoba que, al enterarse de la detención, viene al cabo de dos días. Se encuentra al perro asustado, aturdido, casi sin comida. Brama sin parar. Los perros también lloran. Pero *Bakunin* sobrevive. Aunque tampoco a él lo veremos más.

Durante esa semana en la Revilux todo el mundo pregunta si se sabe algo más de lo ocurrido. La Revilux es nuestro centro de prensa, algo así como un ministerio de información periférico. Comienzan a aparecer en los periódicos noticias, todas muy confusas. Pero es la televisión la que explica, con todo lujo de detalles, el bombazo. Lo que nosotros llamábamos la Banda era tan sólo uno de los brazos de una operación mucho más amplia, dedicada a la clonación de tarjetas de crédito y de débito.

Cuatro de los detenidos eran trabajadores de peaje en la autopista A-7 (los planos que encontramos, y las correspondientes equis que habían marcadas, hacían referencia a cabinas situadas a lo largo de las carreteras catalanas). Eran ellos los que copiaban las bandas magnéticas cuando alguien pagaba con tarjeta al pasar por el peaje (ahora lo entendemos, no eran verdaderos datáfonos lo que había en la barra). Lograron falsificar miles de tarjetas que luego utilizaban, clonando los datos, para comprar todo tipo de objetos. La estafa superaba los cien millones de pesetas.

La organización criminal (al final, más de dieciocho personas pasaron por la cárcel) funcionaba en diversas fases. El cerebro de la operación (que no vivía en el barrio y que ni siquiera había pisado el bar) era quien suministraba los falsos datáfonos, con los que se copiaban las visas. Y fabricaba luego las falsas tarjetas con los datos obtenidos. El Alemán y el Urraca, a través del camarero, distribuían los aparatos a los trabajadores de autopistas. Después, un grupo de ocho o diez personas más, una vez disponían de las falsas tarjetas, recorrían centros comerciales comprando, sobre todo, artículos tecnológicos, que luego revenderían. El Alemán y el Urraca eran, también, los encargados de, una vez entregado el dinero al cerebro de la operación, repartir el resto de los beneficios entre los miembros de la Banda.

La policía sabía que se estaban falsificando tarjetas. Había centenares de denuncias, pero durante meses no habían sabido localizar dónde se producían las copias. Cruzando referencias, se dieron cuenta de que la mayoría de las víctimas habían pasado, en algún momento u otro, por las cabinas manuales de pago de los peajes de Mollet y Sant Celoni. El sistema informático de la compañía determinó el punto exacto.

Los trabajadores del peaje comenzaron copiando tarjetas extranjeras, así como las de mayor capacidad de compra. Luego les pudo la codicia. Fueron a por todas. Por cada tarjeta clonada, el cerebro de la trama les daba quince mil pesetas. El negocio era redondo. El nivel de vida del líder de los estafadores comenzó a generar sospechas. Coches de lujo, restaurantes caros, ningún trabajo conocido. Cuando la policía entró en casa del Urraca, después de que la madre de Eva lo apuñalara, encontró, además de falsos datáfonos y mucho dinero, el nombre del que había inventado toda aquella ingeniería. Detenido él, caían todos.

Teníamos que ayudar a Gabriel, era evidente que él no sabía nada de la trama. Únicamente visitaba el Bar Sport para ayudarnos. No teníamos ni idea de qué hacer.

Cuando le dijimos a la policía que nosotros ya sospechábamos antes de esa gente, y que Gabriel era precisamente un infiltrado, nos interrogaron uno a uno. La bronca de nuestros padres fue apoteósica. Se quedaron nuestros cuadernos, nuestras notas. Un policía puso patas arriba la

Guarida. Y se pitorreó, con toda la mala leche posible, cuando debajo del sofá de escay descubrió las fotocopias del Rubio. También Bulma, nuestra acróbata sexual, fue requisada por las fuerzas del orden.

De Gabriel no tuvimos casi noticias. No volvió al barrio. En la cárcel lo pasó mal. Los presos, entre los que había miembros de la Banda, se enteraron de que los había estado investigando junto con un grupo de críos. Primero se mofaron de él. Después le hicieron la vida imposible. Su hermana, una empresaria andaluza, consiguió un buen abogado y lo sacó de allí. Se fue a Córdoba, junto a *Bakunin*. Y perdimos el contacto para siempre.

Hasta ahora, veinticinco años después, cuando su hermana me ha localizado para comunicarme que ha muerto. Me ha contado también que llevaba una década sin recordar bien quién era, devorado poco a poco por una implacable enfermedad, aunque repetía una y otra vez el nombre de un perro que había tenido tiempo atrás.

Lo han enterrado allí, junto a su familia.

Al abrir el testamento, su hermana no esperaba demasiadas sorpresas. Le dejaba el pequeño piso de Ciutat Meridiana a ella. No obstante había algo más. Una vieja navaja y un sobre cerrado que, según se estipulaba, tenían que ser entregados a un grupo de chavales que había conocido muchos años atrás. El nombre de contacto que dejó en notaría era el mío. Mi misión, según sus últimas voluntades, era reunir al resto de la agencia de detectives Scooby Doo. Y leer en voz alta lo que allí había dejado escrito para los J.G.C.

20. LA FIESTA MÁS GRANDE

Es sábado, 18 de julio de 1992. Falta exactamente una semana para la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona. Estoy solo, en mi habitación, leyendo el último capítulo del último fascículo de la Biblioteca de los Jóvenes Castores. Tengo una lámpara pequeña que ilumina el libro. Toda lectura es clandestina. El texto se titula *La fiesta más grande*, está dedicado a las citas olímpicas y contiene un cuadro, en verde, que comienza en 1896, en Atenas, y concluye en 1988, en Seúl. Nosotros tendremos que completarlo en siete días, en Barcelona.

A esa misma hora, pasadas las diez de la noche, Juan Antonio Samaranch está en su despacho del COI preparando el discurso de la inauguración. Ni se acuerda de su primer gran proyecto inmobiliario, Ciutat Meridiana. La Meri. «Benvinguts a Barcelona», es lo primero que escribe en el borrador. Convierte el papel en una bola compacta, lanza el folio a la papelera, y grita «básquet». Y vuelve a empezar.

Durante esa misma tarde, el atleta paralímpico Antonio Rebollo lanza decenas de flechas hacia el pebetero del estadio de Montjuïc. Tiene treinta y seis años, trabaja de ebanista, y cojea por culpa de una poliomielitis que sufrió cuando aún era un niño. El encargado de los efectos especiales de la inauguración, Reyes Abades, le insiste en que, si finalmente es él el escogido, deberá conseguir que la flecha de metal pase por encima del dispositivo que ha creado. Entonces un haz de gas provocará que el pebetero se encienda. La flecha caerá fuera del estadio, en un perímetro cerrado. Los operarios la apagarán rápidamente, y la esconderán. Un plano fijo, en televisión, permitirá que la magia ocurra. La magia del acontecimiento. La magia de Mandrake.

Pero aún falta una semana para eso. Para que Epi, último relevo de la antorcha, cruce el césped del estadio. Y para que Rebollo prenda con ese fuego su flecha. Falta, aún, una semana para que tres mil quinientos millones de personas contengan la respiración ante la pequeña pantalla. Con Montjuïc a oscuras, escuchando la música compuesta para la ocasión por Angelo Badalamenti.

La flecha definitiva pesará cien gramos, estará compuesta por un tubo de ciento nueve centímetros, fabricado en Estados Unidos, y por un cono de aluminio capaz de soportar un viento de veinte kilómetros. Rebollo no conoce los detalles. No sabe casi nada, ni siquiera le comunican que es el elegido hasta dos horas antes. Pero ensaya al mismo tiempo que yo leo ese último capítulo. Tiene que actuar con la precisión de un robot. Cuenta una y otra vez, en silencio, doce segundos. En ese tiempo concretísimo, ni uno menos ni uno más, ha de tomar posición, tensar el arco y tirar. Si no es estricto con el tiempo, la flecha se apagará. Si no se coloca exactamente en la marca que le han señalado, el truco no funcionará. Pocas veces ha habido tanta gente aceptando, en el mismo instante, un pacto de verosimilitud de tal envergadura.

La verdad se construye entre todos los integrantes del juego de lenguaje. Siendo conscientes, sin excusas, de que participamos de un contrato que podemos romper cuando lo creamos oportuno. Hasta el siguiente juego de lenguaje. Creencia, credulidad y certidumbre son tres animales distintos. Confundirlos nos convierte, automáticamente, en servidumbre voluntaria.

Falta, aún, una semana, y de la agencia de detectives ya no queda nada. Eva lucha, sola, por recomponer el puzle de su vida rota. Núria y Anna coincidirán en un camping de la costa catalana, entre Pineda de Mar y Calella, en el que sus padres simulan, por medio de una tienda de nylon y cremallera, disponer de una segunda residencia para el verano. Fábio desaparecerá de Vallbona, increpado por un fascismo hasta entonces oculto, que lanza piedras contra las caravanas en las que viven los gitanos. Juanito, el Rubio, se marchará a Almería, a ver a sus abuelos, y se quedará a vivir allí. Jaime, el Cabrero, comenzará a trabajar con su padre, con un horario imposible que rápidamente esculpirá la madurez en sus pómulos y en su frente. El Amable seguirá manteniendo su mote en prisión, siempre capaz de seducir a las más peligrosas de las culebras. Gabriel leerá entre barrotes, hasta que su hermana le prepare un destierro plácido. Y el Dealer de la Revilux, justo después de que acaben la Olimpiadas, una mañana, mientras esté ordenando los periódicos, se llevará la mano al pecho, e intentará pronunciar un grito ahogado. Un cliente llamará a la ambulancia, y se salvará por los pelos. Pero la papelería, nuestra biblioteca de Babel, quedará sepultada entre fascículos antiguos.

Dos hombres, vestidos con sus uniformes verdes, como si fueran miembros de *Los cazafantasmas*, retirarán poco a poco todo aquello que constituía la Guarida. En esta noche de julio ya no queda nada. Ni el sofá, ni las fotocopias de «Dragon Ball», ni los somieres oxidados, puertas maestras de nuestro universo propio. Los operarios encuentran, medio escondido, un viejo acordeón. También lo meten dentro del camión de residuos. En uno de los laterales del vehículo se puede leer «Barcelona posa't guapa». Un eslogan es una bandera amordazada letra a letra.

Cierro el libro. En el cajón de mi habitación guardo los prismáticos amarillos. Noto una bola de fuego que incendia mi estómago. Como si fuera el pebetero de Montjuïc, prendiendo antes de la hora anunciada. Vómito. Y, justo después, me sobreviene una carcajada estrepitosa. Es la orfandad, de lecturas y de cómplices, que secuestra nuestro cuerpo cuando más lo necesitamos. La soledad, ahora lo sabemos, es la carencia de intimidad compartida.

De fondo, se escuchan los coches que silban al atravesar las carreteras que nos rodean. Suenan como auténticos pájaros de acero. Pasan con una urgencia que todavía continúa entre nosotros.

BIENVENIDOS A BARCELONA

He llegado hace cinco horas al barrio. Son las dos de la tarde del viernes 22 de septiembre de 2017. He recorrido durante todo este tiempo los escenarios de aquella sociedad ácrata y secreta. La Guarida, la plaza Roja, el Barranco, los bloques A, B y C. La papelería Revilux. Claro que la infancia no se fue. ¿Adónde iba a ir?

Un elevador a lo *Blade Runner* transporta a los vecinos entre los pisos de argamasa barata. En él escucho la conversación de dos mujeres. Se preguntan en qué centros se podrá votar en el referéndum de independencia. Tal vez abren la Escuela Mestre Morera y el colegio Elisenda de Montcada. Si hace falta, defenderán las urnas con su cuerpo. Sin esperar nada a cambio. Están acostumbradas. Lo hacen porque es lo que han hecho siempre. Quieren saber si la policía irrumpirá en los colegios de sus hijos con la misma contundencia con la que se cuelan en las casas desahuciadas de sus familias. Conocen bien las imágenes de brutalidad que, en poco más de una semana, escandalizarán a toda Catalunya. Ríen y enseñan los dientes. Es fácil entrar en el barrio, sí. No lo es tanto salir de allí. Los furgones de antidisturbios lo han comprobado en más de una ocasión, aseguran. Repiten tres veces la palabra *lecheras*. Y vuelven a reír con una dignidad que les sale de las entrañas.

Dignidad o miedo, ya todo se confunde. Vienen en el mismo *pack*. Decir que no tenemos miedo es retrógrado e hipócrita. Lo saben esas mujeres como nadie.

La conversación enseguida vira hacia la imposibilidad de comprar alimentos frescos en la parte más elevada del barrio. En el mercado de la zona alta todas las persianas están bajadas. Tan sólo queda una parada, la del frutero, que aguanta como puede. Desayuna cada día (un café con leche, un bocadillo de fuet) en el pequeñísimo bar del mercado, que también intenta detener lo que parece inevitable. Y el camarero, a su vez, le compra a él, cada mañana, un par de naranjas, cinco tomates, tres manzanas. Así van moviendo de una mano a otra las pocas monedas que consiguen. Ambos ya han anunciado que a finales de año darán por perdida la batalla. Parecen el teniente Drogo en *El desierto de los tártaros*. Aquí el enemigo no está ni se le espera.

En el elevador y las escaleras mecánicas se oyen todo tipo de acentos. El acompasado urdú se mezcla con la cadencia del ecuatoriano. El árabe despliega toda su paleta de matices.

Los que viven en los bajos de cada bloque sacan su ropa a tender a la calle. Mientras esperan el sol que no llega, los calzoncillos, los suéteres y los tejanos gotean hasta formar un pequeño charco. Esos vecinos invaden un trozo de acera medio destruida, y hacen de eso una terraza llena de macetas y geranios.

La periferia de la ciudad es, pese a todo, un jardín de geranios.

Desde uno de los ascensores veo el acueducto, devorado por la espesura de los zarzales. Es

como si la naturaleza también quisiera expulsar a los vecinos del barrio. El campo de fútbol se ha convertido en un *parking* de tierra y fango. Es difícil imaginar que en ese lugar estaba la piscina. En el pliegue que dibuja la avenida Rasos de Peguera descubro, también, la antigua churrería. Cuando íbamos a la Font Maragall siempre parábamos allí. Comprábamos cortezas, que comíamos sin poder parar. Hasta que un coche robado no cogió a tiempo la pronunciada curva. Salió volando y destrozó el techo de hojalata. Ahora permanece en el mismo sitio, cerrada, como un dolmen.

Definitivamente es éste un barrio de persianas bajadas. De geranios y de persianas bajadas.

El Rey de Reyes, una especie de líder espiritual que ahora regenta la Revilux, finalmente ha abierto. Estaba limpiando dentro, con la música a todo volumen. Me cuenta que compró el establecimiento por veinte mil euros. Me deja entrar. Hay cuatro bancos de iglesia y un pequeño escenario, desde el cual este hombre dominicano realiza sus sanaciones, adoraciones y milagros. Asegura que tuvo que limpiar mucho aquello para convertirlo en la casa del Señor. No entiende mi mueca de desaprobación cuando me explica que tiró a la basura todo tipo de libros juveniles que habían quedado apilados tras un desvencijado mostrador. Allí la lectura, bromea, es otra. Y, de repente, se escuchan los gritos que vienen desde fuera.

Salimos. El pastor me intenta tranquilizar. Otro desahucio, dice. Y vuelve a meterse dentro del local. Tararea una canción que no logro identificar, mientras barre el suelo.

Desde la puerta, donde aún cuelga el letrero de Revilux, identifico el edificio en el que un grupo de cuarenta vecinos intentan impedir el paso a la comitiva judicial. Bajo hacia el portal. Los Mossos d'Esquadra saludan por su nombre a algunos de los activistas. Cada día la misma historia. Existe una cierta familiaridad entre ellos. Hay tensión, sin embargo. La orden es entrar y echar a la familia. Sin demasiadas contemplaciones.

En el piso de cuarenta y cinco metros cuadrados viven tres mujeres. La abuela está enferma, casi no puede caminar. Lleva décadas alimentándose de ansiolíticos. La propietaria del inmueble es alta, camina encorvada, con los ojos hinchados tras haber estado llorando toda la noche. Tiene los dedos amarillos de fumar. Debe de tener mi edad. Hace catorce meses que no puede pagar la hipoteca porque se quedó sin trabajo. Ha sido imposible meterse de nuevo en la rueda. El sistema la ha escupido como si fuera el peor de los venenos. Lo poco que consigue cuidando durante unas horas a un viejo lo destina a la austera compra semanal. Su hija, de veinte años, se siente culpable. Tampoco ella ha podido evitar la situación. Está embarazada. Y se encuentra cada vez peor. No se lo ha contado a nadie, pero hace días que tiene pérdidas. Ahora mismo está sangrando. Espera que nadie lo note. No hasta que esto se solucione.

Tres generaciones, así, serán desahuciadas de un solo hachazo. ¡Pam! ¡Zas! Nuevo cerrojo y puerta blindada. La representante del juzgado se protege con su carpeta como si fuera un escudo medieval.

Los vecinos llevan madalenas y termos con café. Alguna pancarta de cartón. Y un megáfono. Es un caso complicado, dicen, ya que la sentencia llega por lo penal. Pueden frenar momentáneamente la orden. Pero la policía vendrá más tarde con refuerzos. No saben exactamente cuándo. A veces convocan tres desahucios al mismo tiempo para desperdigar a los activistas.

Hoy conseguirán sacar a las tres mujeres prometiéndoles un alquiler social que nunca llegará. No veré cómo bajan por la escalera, apresuradamente, las cajas con sus objetos personales. No veré cómo una de las bolsas se abre y cae todo al suelo. No veré cómo la mujer se detiene un momento, y recoge el tutú que hace tantos años había escondido en un cajón. No se acordaba ya de

él. Lo alza como si también fuera un trofeo olímpico. Lo observa a trasluz. Hasta que un agente la empuja para que abandone definitivamente el edificio. Ella se gira, realiza un *plié* ante el policía, que la mira, atónito. Son sólo unos segundos. Doce segundos. Pero todo el mundo se calla. Cuando termina el movimiento de ballet, la mujer mira cara a cara al *mosso*. Y le suelta un sonoro y rotundo tortazo. Es imposible definir ese tipo de estruendo. Vibra ahí, al mismo tiempo, el miedo y la dignidad.

Antes de que pase todo eso, y creyendo que habían logrado detener el desahucio en el primer envite, me subo al 83. Es un autobús que, como el antiguo Chupa, recorre Ciutat Meridiana, Torre Baró y Vallbona. Es una proeza lo que hace el conductor en la calle Sant Feliu de Codines. Cada esquina de la cuesta resulta una filigrana. Que venga aquí Kilian Jornet y lo vea. Me mira extrañado. No entiende por qué llevo tanto rato sentado sin bajar. Lo haré en Vallbona. Donde la ciudad cambia su nombre. Justo en el descampado, el que hay enfrente del letrero de «Benvinguts a Barcelona». Desde allí se aprecia mejor cada letra. Hay un chorro de herrumbre que baja, como una lágrima seca, por la letra B. Hasta caer entre las cañas en las que habíamos instalado la Guarida.

Es precisamente la esquina entre Agudes y Costabona el sitio en el que hemos quedado. A las dos en punto. Desde donde estoy, a unos trescientos metros de distancia, los veré llegar. Necesito esa panorámica. Aunque sea una última vez.

Aún no soy consciente de por qué Eva no podrá venir. No nos hemos reconocido antes, al cruzarnos la mirada. No he visto el tutú en el suelo. Me parece distinguir ahora a Núria. Sí, sin duda, es ella. Viene bromeando con Anna. Mira el Rubio, fijate en el Cabrero. ¿Es ése Fábio? ¿Viene con sus hijos? El grupo se saluda. Primero con timidez. Luego, con entusiasmo.

Les hago señales desde el descampado de Vallbona. Es Anna, cómo no, la primera que se da cuenta de que estoy allí. Cuando todos me reconocen, alzo los brazos, y cruzo mis manos a lo alto. Exactamente como lo hacía Gabriel. Desde la barandilla todos imitan el gesto. Ahora atravesaré el Barranco hasta abrazarlos. Antes, le doy una nueva vuelta a mi foulard rojo. Y, con su vieja navaja, abro el sobre que nos ha dejado como herencia. Tenía que haber supuesto que era una pregunta abierta. El arcángel libertario nos vuelve a interrogar:

«Podemos imaginarnos a un animal enojado, temeroso, triste, alegre, asustado. Pero ¿esperanzado? ¿Y por qué no?».